

BIBLIOTECA NACIONAL



0222692



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE.

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación:

9/281-217



Año:

C:

SYS:

243951

9(281-21)



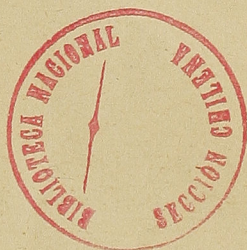
PEDRO PRADO

LA REINA DE RAPA NUI



SANTIAGO
1914

IMPRENTA UNIVERSITARIA





LA REINA DE RAPA NUI

OBRAS DEL AUTOR

FLORES DE CARDO (poesías).—Santiago, 1908.

—Imp. Universitaria.

LA CASA ABANDONADA (parábolas i pequeños ensayos).—Santiago, 1912.—Imp. Universitaria.

EL LLAMADO DEL MUNDO (poemas).—Santiago, 1913.—Imp. Universitaria.

PEDRO PRADO



LA REINA DE RAPA NUI



IMPRENTA UNIVERSITARIA

— Bandera 130 — SANTIAGO —

1914

A JUAN FRANCISCO GONZÁLEZ,
PINTOR

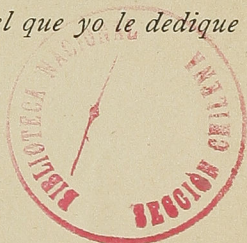


USCANDO en mi memoria, recuerdo que Ud. conoció a mi amigo. Juntos, una tarde, compartimos su charla i sus uvas finas i rosadas. No he olvidado que, de vez en vez, cuando callábamos, se oía el arrullo de las palomas i el ligero roce que hacían al andar por el entretecho.

Es lástima que Ud. no conserve los hermosos apuntes que tomara de la casa, donde vivió un hombre que me fué querido.

No lo sé con certeza, pero presumo que él también era pariente suyo. Al ménos han dicho de Ud. lo que decían de él: es un hombre raro i solitario.

¿Quiére Ud. aceptar el que yo le dedique estas páginas?





PRÓLOGO



U viña estaba cercana a mi propiedad.

Como fué amigo de mi padre, me recibia con cariño i deferencia; pero pronto nuestro afecto se hizo independiente de toda causa ajena a nosotros mismos, i mis visitas fueron continuas i prolongadas.

Antes de llegar al pueblo de X., siguiendo el camino que orilla el estero, en una gran hondonada que defienden cerros yermos, se divi-

saba, entre los árboles del huerto, el tejado de su casa, cubierto de palomas, i un pequeño campanario. El conocido campanario de fundos i de chacras guarda la campana para llamar diariamente al trabajo i pedir auxilio en las noches trágicas de salteos o de incendios.

Desde que se penetraba en los dominios de mi amigo, cualquiera comprendia, aunque no fuese entendido en trabajos agrícolas, que reinaba allí cierto desórden i abandono. Las pircas de los potreros, derruídas en varias partes, dejaban vagar a los animales por los angostos caminos. Muchas veces detuve mi tilburí para espantar un grupo de bueyes perezosos. Los desagües, cegados largo tiempo, hicieron que se formasen lagunas donde, entre los pajonales, algunos queltehues venian a anidar.

La casa misma tenia, en ese entónces, un ala medio en ruinas, que los inviernos crudos de los últimos años han derrumbado. La postrera vez que estuve en ella, crecian las ortigas sobre los paredones húmedos, i una parvada de chanchitos rosados hozaba entre los escombros.

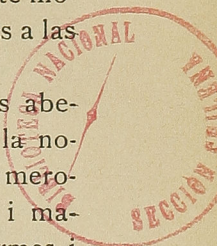
Mi amigo atendia el cultivo de una viña me-

dio ahogada por la maleza, i cuidaba de un colmenar bajo los duraznos envejecidos del huerto. Pero las nuevas familias que salian todos los años, las dejaba escapar. De este modo, muchos vecinos probaron miel gracias a las abejas de mi amigo.

Como las frutas no hicieran lo que las abejas, venian a buscarlas a altas horas de la noche i, a pesar de los perros, nunca los merodeadores dejaron que se desarrollaran i madurasen en el árbol unas manzanas enormes i rosadas, cuyas cualidades fueron para nosotros un enigma.

Mi amigo era un hombre de regular estatura, enjuto i moreno. Rara vez usaba sombrero. Sus facciones eran definidas: la frente sólida; los ojos, hundidos i brillantes; la nariz, firme; la boca grande, i el menton saliente, ancho i cuadrado, adivinándosele los huesos duros bajo la piel siempre rapada.

Cuando yo le conocí, tendria cuarenta años, o quizas cincuenta; pero como no usaba bigote ni barba i su cabello era negro, todo cálculo fuera aventurado. Daba la impresion de una edad detenida.



Nunca encontré a nadie de visita en su casa. Vivía solo con su hermana, la señorita Adela, siempre silenciosa, seria i preocupada del manejo de la servidumbre. Ella sólo nos acompañaba a la hora del almuerzo i muchas veces no dijo, en todo el tiempo, mas de dos o tres frases. Es posible, por lo que pude entrever, que no conjeniasse con mi amigo. En su cara pálida i en sus ojos vivos se vislumbraba un carácter firme, i aunque jamas tuvieron una disputa, cada uno entendia las cosas de la vida en sentido diverso.

Yo no he querido i no quiero dar el nombre de mi amigo, porque puede ser pariente del lector, i quizas sus aventuras i su modo de ser i de pensar le molesten. Conmigo le ligaba, asimismo, un lejano entroncamiento, que una tarde silenciosa, miéntras oíamos el ruido del agua que subia el molino, me hizo conocer la señorita Adela. Su familia estaba i está relacionada con casi todas las familias chilenas; por esto creo prudente callar. Estoy seguro que Ud. es por algun lado su pariente.

Una vida aventurera en la juventud, i de aislamiento i soledad en los últimos años, dieron

a sus juicios i costumbres un sello inconfundible. Habia leído mucho; pero su pésima memoria, o su memoria en alto grado dijestiva, no retenia mas que el jugo último de las cosas, i todo lo accesorio: nombres, fechas, sistemas, nunca ocupó un hueco útil en su espíritu.

Como cierta vez demoraba largo tiempo en la lectura de un libro interesante, le pregunté por la causa.

—Cuando ménos lo sé, me dijo, sigo dando vueltas i vueltas a las páginas que mis ojos recorren. Pero mi conciencia no los acompaña, empeñada en seguir pensamientos mios que han tenido su oríjen en las primeras líneas. Talvez sea mejor así. Mi lectura no es un acto pasivo. No leo para saber; leo para pensar.

Anotaré algunas otras de sus opiniones, i aunque nadie las estime justas, a mí me recordarán días pasados: aquellos lejanos dias de primavera, cuando, en agradable plática, recorriendo los pastales floridos, sonreía con benevolencia ante la inundacion de muchachos que, en Setiembre, elevaban, hasta en el huerto de su casa, innumerables volantines; o bien cuando, de regreso, desde los últimos potreros que

colindan con las primeras casas de X., nos deteníamos, a la oracion, a ver cómo entraban a pastorear los bueyes i los caballos hambrientos.

En ese tiempo yo acababa de terminar mis estudios, i tenia impregnada hasta la ropa del olor pedante de los libros. Cada vez que llevaba preparada una controversia, presumiendo sus ideas, él salia con otras opiniones tan imprevistas, que me quedaba confuso i molesto. Así, sobre mi admiracion por los filósofos, decia sonriendo:

—Lo que importa no es ponerse a pensar sobre todo, sino buscar el mayor número de situaciones de pensamiento. Cada oficio, i cada hombre, son una situacion de pensamiento, i si los viajes ilustran, enseñará mas aun el viaje que podemos hacer a otro jénero de actividad que el que acostumbramos. Los filósofos son seres especializados. I toda especializacion tiene mucho de monstruoso.

Él, que habia recorrido mares i tierras por largos años como cargador, marinero, periodista, colono, comerciante, militar cuando la guerra del Perú, contrabandista, curandero, juez, agricultor, agregaba:

—I luego el moderno afan de las paradojas. Quien anda jugando con ellas revela no tener ninguna orijinalidad. Es un sistema burdo e infantil ese de pensar al reves. Eche Ud. una mancha de tinta sobre una carilla, doble el papel i oprímalo con fuerza. La grotesca silueta que resulta servirá de base a esos pobres dibujantes sin ideas.

Una tarde de verano estábamos sentados en el alféizar de la ventana de su dormitorio. Poco a poco se iba el dia. Por los postigos abiertos entraban, con el primer aire fresco de la noche, los aromas de las flores, entre los que se distinguia el del floripondio como una claridad mas viva. Continuamos charlando en la oscuridad.

Mi juventud, el olor de las flores, el aire callado i las sombras que caian sobre la paz del campo, me produjeron un placer melancólico, propicio a las disertaciones sobre el amor. No recuerdo mis palabras.

—El amor, dijo, es un concepto, una abstraccion, una manera de hablar; no se puede construir unicamente sobre él, porque, al igual de todas las cosas, no existe en la realidad ais-

lado i libre. Cuando decimos amor, sólo a él lo tomamos en cuenta. La mezcla inoportuna de estados de amor con el de varias otras circunstancias que en la existencia sobrevienen, i que le son ajenos o contradictorios, lo reducen a algo inestable. De allí proviene su desengaño i escepticismo.

Estar a su lado era vivir en compañía de un hombre tranquilo i sin vicios, porque si bien hacia cuanto en los vicios se hace, siempre fué de un modo natural i discontinuo.

A veces, en verano, en época de vendimia i de chicha nueva, se embriagaba tranquilamente i su rostro adquiria poco a poco una espresion de beatitud i agradecimiento. Sentado bajo los parrones, que dejaban caer las primeras hojas amarillas, su rostro se iluminaba con una sonrisa, ántes de penetrar en el sueño apacible.

Este ser extraño i bueno fué nombrado juez de su distrito; pero pronto tuvo que renunciar, porque las sentencias no las dictaba nunca i tenia una aficion desmedida por lo pintoresco.

En una ocasion, la policía de X. aprehendió a dos malhechores que, apostados en el cami-

no real, esperaban el paso de nuevas víctimas a quienes despojar.

Mi amigo, en vez de tomar una declaracion definida i precisa, se entretuvo en sonsacarles detalles de otras aventuras, i luego conversó con ellos sobre sus vidas duras i peligrosas. I ante el asombro del secretario del juzgado, dijo a los ladrones:

—Cuánta impresion recibiria yo si hiciera lo que Uds. hacen. Escondido entre la zarzamora, estarse quieto y palpitante en espera del viajero desconocido. Como no se sabe sobre quién va a caer nuestro golpe, uno llega a sentirse la encarnacion del destino ciego.

No eran de estrañar sus palabras; un hombre de hígados era para él el mejor de los libros. En una vendimia, a sabiendas, tomó como trabajador al famoso bandido llamado «El Rucio Parrales». Éste, un hombronazo alto y colorín, estuvo receloso de sus primeras preguntas; mas, pronto, comprendiendo qué clase de patrón era el suyo, refirió sin temor aventuras que mi amigo interrumpia para aclarar los pasajes oscuros.

Cuando supe esta ocurrencia, creí que tenía

una gran idea sobre nuestro roto; pero él me contestó:

—Las cualidades que atribuimos a un pueblo sirven para que, separadamente, nos engañen los individuos que lo componen. I es natural; para que exista algo que se encuentre en todos, es menester no olvidar que ello formará pequeña parte de cada uno. No tengo ninguna idea general sobre nuestro pueblo.

Era estremadamente desordenado; no usaba reloj, i sólo comia cuando le llamaba el apetito. Muchas veces, en la noche, saltó de su cama para ir al comedor en busca de algo que roer.

Como su casa, llena de costras, chorreaduras i remiendos, con el gran tejado cubierto de líquenes, era pintoresca vista contra los cerros pardos i a traves de las ramas revueltas de los árboles, convidé a un conocido pintor amante de los paisajes abandonados y evocadores. A la hora de once, sentados en torno de un canasto de uvas rosadas, finas y olorosas, que comíamos entre grandes alabanzas, mi amigo interrumpió mis apreciaciones un poco despectivas sobre la pintura y dijo:

—Los pintores son los verdaderos filósofos. Aman lo que ven, la realidad primera, y aunque ni ella sea verdad, todo lo otro es aún mas vago i mas incierto.

De la gran inquietud de sus primeros años, de sus viajes por la Oceanía, Australia y América, pasó, como piedra que rueda por una ladera, a la quietud de la verde hondonada de su viña entre aquellos cerros solitarios, llenos de cardones y de quiscos.

Allí, a medida que pasaba el tiempo, pude notar que le iba ganando una oculta tristeza. Con cierto temor hurgué en su corazón.

—Amigo mío, me dijo; en mis años juveniles creí que lo que deseaba eran nuevas vistas i nuevos aires. Pero eso me trajo fatiga i desilusion. Volví con placer a esta casa que fué de mis padres, i me entregué de lleno a los quehaceres campesinos. Pero tampoco era ese trabajo lo que yo buscaba. Me casé con una buena mujer, que Ud. no ha conocido. Murió hace años. Antes de su muerte, me convencí que el amor no bastaba para traerme la paz. Dentro de mí, un deseo permanece insatisfecho como el primer dia. Metido en este aguje-

ro, continué en mis antiguas lecturas i, a pesar del aspecto de abandono en que se encuentra todo lo mío, soi rico en demasía. He envejecido; mis dos hijos viven en las salitreras. Están bien de fortuna; son hombres sanos; el porvenir de ellos no me preocupa. Pero este deseo que no sé definir i que ignoro lo que busca i lo que quiere, me va taladrando como una carcoma.

—Sí, le confirmé; le noto a Ud. cada dia mas callado i taciturno.

—Aunque la tristeza, prosiguió, sea un sentimiento vecino al ridículo, puesto que una cara llorosa es fea i molesta, confesaré a Ud. que me siento triste. I es como una tristeza de todo mi cuerpo: mis ojos están tristes, i están tristes mi cabeza i mis manos, porque no saben qué hacer.

Trascurrieron algunos meses. Un dia del otoño antepasado, oscuro i lluvioso, supe la muerte de mi amigo.

El antiguo cementerio de X., lleno desde hacia muchos años, estaba entónces en el corazon del pueblo. Casas de reciente construccion rodeaban sus muros asomándose sobre

los potreros de mi amigo. Tras de las lomas habian abierto un camposanto nuevo. Allí le fuí a dejar.

A su entierro no acudió nadie. Muchos creyeron no deberle ningun servicio, porque sólo le habian robado.

Van casi cuatro años corridos desde su muerte. Enfrente del nuevo cementerio ha ahora una casa donde venden licores i comestibles. En ella descansan los campesinos que llevan al hombro los ataúdes llenos. Siempre está aquello en plena soledad de campo. En las noches, se oye ladrar a los zorros. Como las murallas con el terremoto vinieron al suelo, las vacas pastan entre las tumbas. No es raro ver algun hueso sobre la tierra. Es posible que esta noche los grillos canten entre los huesos de mi amigo.

La última vez que ví a la señorita Adela caia el crepúsculo, i ella, en persona, atrancaba las puertas i corria los cerrojos. Supe, cuando hablábamos en la sala, que su hermano habia escrito varias cosas, que tal vez estarian por allí abandonadas.

Con su permiso las busqué. En una caja

antigua, forrada en cuero de buei, que ya perdía el pelaje blanco i amarillento, encontré un manuscrito leído por los dientes de los ratones i con otras señas de los mismos animalitos.

De vuelta, en mi casa, pude ver que estaba incompleto i lleno de borraduras i tachas. En parte lo he rehecho; pero el título, «*La Reina de Rapa-Nui*», es de mi invencion. Las escenas que relata me parece que fluctúan entre los años 70 i 74, poco mas o ménos.



CAPÍTULO I

DE LAS PREDISPOSICIONES A LAS AVENTURAS



El ha dicho que Chile es una isla, y yo creo que ha pocas islas tan islas como nuestro territorio. En realidad, sólo poseemos una estensa playa. La cordillera nos empuja al mar, i si la contemplamos a la distancia, azul i empenachada de nieve, nos parece una ola gigante floreciendo su espuma; i si trepamos por ella vemos, en los dias claros, un océano inmenso.

En la rejion austral, las aguas se internan en los valles estrechos i forman millones de islas. Veo en ello una invitacion, i veo en los hermosos archipiélagos escuadrillas de naves haciéndose a la mar.

Aun la conquista de Antofagasta i Tarapacá fué la conquista del fondo del océano, porque toda esa tierra salitrosa estuvo sumerjida. I, rio en el mar, la gran corriente que viene del polo i baña nuestras costas, nos ayuda a dejar el país i a aventurarnos en las soledades del Pacífico.

Yo siento una pasión profunda por el agua. De pequeño, amé la lluvia. Cuando caía en el patio de casa, con una curiosidad ilusionada contemplaba los pequeños rios, los lagos minúsculos, las bahías abiertas que rizaban las ráfagas de viento. Mi hermano Diego corría en busca de diarios viejos, i hacíamos numerosos buques de papel. Yo, en representacion de la Providencia, con una escoba, formaba tempestades terribles. Si llovía en tiempo de moscas, pillábamos las necesarias i todas, despues de arrancarles las alas, cumplian a maravilla con el oficio de marineros. Era de ver

cómo trepaban a inspeccionar las velas, i cómo, atareadas, iban de la proa a la popa, de la cala al puente, llenas de una agitacion estraña. Pero Diego, que era mui impaciente, concluia por poner fuego a las naves, i entónces mis tempestades se tornaban horrorosas. Sin embargo, en nosotros no habia crueldad; por el contrario, sentíamos una inquietud indecible al contemplar los naufragios de los blancos barquichuelos que alimentaban a nuestra fantasía.

Muchacho aun i emancipado de la tutela familiar, me establecí en Valparaiso. Allí estuve dos años como empleado de la casa Grace, i luego, como redactor noticioso de *El Herald*.

El mar de la bahía no me hizo impresion; pero los vapores i grandes veleros que salian diariamente, llevaban a bordo a mi pensamiento. Europa nunca me atrajo; la adivinaba vulgar; en cambio, el Occidente lejandario me producía nostalgia.

Un dia amaneció en el puerto la barca francesa «Jean Albert». Por una casualidad supe que iba con destino a Tahití; pero ántes debia

recalar en la Isla de Pascua. Embarcaba una partida de cerdos consignada a la órden de un señor Bornier, colono, segun me dijeron, de aquella tierra lejana.

¡La Isla de Pascua! ¡Rapa Nui! Cuando estudié jeografía, mi ramo predilecto, me llenaba de orgullo el párrafo aquel que dice: «Chile posee en la Oceanía la Isla de Pascua, la única colonia que puede ostentar la América del Sur». La única colonia era nuestra! Encontré natural que se nos comparara a los ingleses. No se trataba, en verdad, de una gran estension de tierra; pero, en cambio, era una tierra misteriosa. ¡Rapa Nui, resto de la antigua Lemuria! ¡Lemuria, continente fabuloso mas antiguo que la famosa Atlántida i ante el cual las sencillas imajinaciones de los sabios han quedado en silencio!

Corrí en busca del director de *El Heraldo*.

—Señor, le dije; ha llegado a este puerto un barco que se dirige a la Isla de Pascua. ¿No seria conveniente que este periódico aprovechara la oportunidad, i enviase allá a alguna persona que, mas tarde, imponga al público de lo que significa esa isla fantástica?

El director, un vejete dado al amor, con cuanta claridad lo recuerdo, se puso de pie, se acercó a mí silencioso i, sin dejar de mirarme, me tomó de la solapa de la chaqueta i se puso a reir con un modo acompasado i burlesco.

—Señor... le repetí.

—Amiguito, es Ud. el fantástico al pensar que *El Heraldó* pueda facilitar dinero para una empresa semejante. Aquella isla es completamente inútil; todas las otras naciones la han despreciado, i a ello debemos que sea colonia nuestra. Mire Ud. que hacer tamaño viaje i todo para venir despues a contarnos crueldades de unos salvajes aficionados a los placeres de Venus! Nó, amigo; no.

No le dejé concluir. No puedo recordar ahora todas las razones que le aduje, pero no me olvidaré jamas de la risa incontenible que le produjeron. Echado sobre un sofá, se retorcia en medio de grandes carcajadas. Sea por lo mucho que le hice gozar con mis supuestos conocimientos sobre las costumbres de aquel pueblo, sea por otra causa, lo cierto fué que conseguí el valor del pasaje i un «No tenga

Ud. cuidado, a su regreso veremos». Pero todo esto importa poco.

Una mañana de Enero, dos meses después de mi partida de Valparaíso, aburrido i maltrecho, llegué a bordo de la «Jean Albert» a la vista de los volcanes de Rapa Nui. El viaje habia sido molesto por las grandes calmas i la mar boba que dieron a la barca un balance terrible. Mas, luego el torrente de los vientos alisios nos hizo recuperar el tiempo perdido. Confesaré que el mar me desilusionó. Sólo en las tardes algunos crepúsculos soberbios con nubes de fuego i oro formaban en el horizonte lejano un reino de islas encantadas. Nuestro barco con la proa al poniente se encaminaba hácia ese mundo desconocido. Una luz amarillenta teñía el espacio. El mar se tornaba cristalino; las olas verde i rosa eran de una transparencia profunda; las espumas, malva i oro, hacían una música divina, i el erguido velámen, ardiente en la luz i azul en la sombra, avanzaba como una hoguera sobre el mar.

Los marineros, acodados en la borda, contemplaban en silencio la lejanía. Los rostros, iluminados i rojos, tenían un aspecto impre-

visto. El sol poniente transparentaba la sangre de las manos puestas a contra luz, i el viento, perfumado de infinito, hacia temblar a aquellas almas toscas como a las ásperas cuerdas del navío.



CAPÍTULO II

RAPA NUI



E sentia enfermo, con fiebre, i la cabeza dolorida. El viento continuo, de fuerza extraordinaria, acrecia mi malestar. Aquella mañana, el cielo entoldado por nubes delgadas, dejaba caer un reflejo molesto. El mar se movia fuerte i pesadamente. Innumerables sargazos flotaban siguiendo el vaiven de las olas. Defendida

por sus altos i rojizos volcanes, Rapa Nui, desnuda de grandes árboles, era una masa enorme, oscura i silenciosa. La playa blanca de Angapiko se veia salpicada de curiosos. Tres pequeñas embarcaciones se aproximaron con rapidez.

La descarga de la *Jean Albert* se hizo con gran dificultad. Un cordon distante de espuma blanca mostraba la línea de los arrecifes de coral. Las chálupas, entre las olas agitadas, quedaban ocultas un instante para luego aparecer cada vez mas léjos. Afortunadamente, todas lograron cruzar el paso peligroso: la entrada del angosto canal que corta la sirte.

Antes de ir a tierra conocí abordo a un viejo danes, a quien llamaban Adams, i al señor Bornier, únicos civilizados que vivian en la isla. El último, un frances terco, barrigudo i ceji-junto, me acogió malamente. En cambio, los nativos, hombres de una elegancia admirable en los movimientos, me ofrecieron, por algunas chucherías, gallinas, conejos i estrañas legumbres. Todos iban desnudos; su color era ligeramente tostado i amarillento; sus cuellos, largos i femeninos; i sus músculos, elásticos i

poco ceñidos. A cada instante se lanzaban al agua para dirigirse a tierra, nadando con una rapidez asombrosa.

Cuando al dejar la chalupa, con el agua hasta la rodilla llegué a la playa, me sentí por fin seguro. Oh! el segundo aquel en que debíamos embocar el angosto canal, i sólo teníamos delante montañas de hirviente espuma! Una fuerza irresistible cojió de pronto a nuestra embarcacion, i fuimos lanzados como en medio de un vértigo al centro del estrecho canal. Todos, instintivamente, cerramos los ojos.

Ya en tierra nos dirijimos a casa de Bornier. Trepamos a un ligero altozano cubierto de una yerba leñosa i resbaladiza. En mitad de él, i dispuestas en semi-círculo, habia media docena de casas de madera. Mas léjos, se divisaban las ruinas de una construccion de piedra i algunas chozas estrañas, como grandes i largas canoas tumbadas, con gateras estrechas, por las que entraban i salian hombres, mujeres i chiquillos. Todos iban en busca de los marineros para ofrecer sus transacciones. Con cuánto asombro ví cambiar una gallina por una

caja de fósforos; un conejo, por un alfiler; un ídolo embutido en una botella de paja, por una chaqueta inservible.

Pasaban delante de nosotros mujeres graciosas con túnicas blancas que el viento impetuoso hacia flamear como banderas.

Poco ántes de llegar a la casa de Bornier, un viejo me alcanzó. Tenia la cabellera rojiza i los labios teñidos de azul. Por único vestido ostentaba un cinturón de hojas de morera que el viento sacudía sobre su pellejo reseco, arrancando a cada instante una hoja. En un frances primitivo me ofrecia un abanico de plumas negras en cambio de mi sombrero. Me pareció excesiva su pretension, i luego poseer un abanico en un día de viento, tenia poco atractivo.

Yo estaba como desorientado; la cabeza me dolia cada vez mas, i mis ojos, ciegos por los torbellinos de polvo, lloraban lágrimas i basuras. Con gran trabajo pude seguir tras mis compañeros. Atravesamos una verja de madera, ahogada por la zarza, que defendia un hermoso jardín apenas entrevisto. Todo, sin embargo, aparentaba el aire de una pesadilla. Hubiese dicho que ensordecia por momentos i

que la tierra, bajo mis pies, era algo inconsistente.

Quizas el capitan se espresó bien de mí, porque Bornier volvió hácia donde me encontraba como perplejo i, cojiéndome de un brazo, me hizo entrar, en medio de frases amables.

Penetramos a una pieza grande, casi desmantelada, con periódicos amarillentos en las paredes. Sentados en torno de una mesa pequeña, nos dispusimos a beber. Les imité maquinalmente. Estaba como bajo el aturdimiento de un gran golpe que me hubieran asestado en mitad de la frente. Hubiera querido que nadie advirtiese mi presencia; pero tuve que explicar, una vez mas, el objeto de mi viaje. I la verdad es que no se me ocurría qué decir.

—Señor, le dije en frances, yo he sido siempre mui aficionado a las aventuras; pero hasta el dia de hoi no he podido realizar ninguna. Un viaje como este me proporciona un goce que no puedo explicar. Trataré, a mi regreso, de referir en *El Heraldo* de Valparaiso mis impresiones. Espero que Ud. me preste su valiosa ayuda.

El gabacho no quedó mui contento de mis

explicaciones; porque inspeccionándome con impertinencia, fruncidos sus ojillos maliciosos, se puso a tamborilear con los dedos en la mesa.

—Desgraciadamente, me respondió, voi a aprovechar la *Jean Albert* para ir a Tahití. Estaré de vuelta en dos o tres meses mas. Mientras tanto, Adams acompañará a Ud.

Adams hizo un jesto de amable acogida, expresando el consuelo que mi compañía le representaba en su voluntario destierro.

—Ah! ya verá Ud., exclamó con su voz ronca, ya verá las historias que conozco de estos diablos de canacas. ¿Quiere Ud. servirse?

Por la angosta ventana que había a mi derecha se divisaba el mar incandescente bajo el fuego blanco que el sol de medio día enciende sobre las aguas. Por otro ventanuco del frente se veía un bosquecillo de nísperos, naranjos e higueras, sacudido con rabia por la saña del viento.

El Capitan i Bornier hablaron largo rato sobre el viaje a Tahití. Adams vino a hacerme compañía, ofreciéndome un nuevo vaso de aguardiente.

—Nó, nó, gracias, le supliqué. Me siento mal, enfermo.

—Beba, amigo; esto lo sana todo.

Quise oponerme; pero al ver sus ojos i mejillas encendidos, comprendí que estaba algo borracho, i abdiqué otra vez la poca voluntad que me permitia mi malestar.

No pudiendo mas, le rogué a Adams que me dejase tranquilo i me tendí sobre un banco de madera. Los pantalones, todavía húmedos, se pegaban a mis piernas. Mis pies eran dos trozos de hielo; mi frente ardía i mi garganta estaba reseca. Largo rato sentí que la casa se balanceaba dulcemente como si la isla flotara sobre el mar.

Algo les diria el danes, porque pasaron a la pieza vecina. Seguí oyendo, sin entender, retazos de conversaciones que sostuvieron con una nueva persona que tenía la voz agradable como de una mujer. Oí, por último, un choque de copas i pasos que se alejaban. Antes de salir, mi amigo Adams tiró una manta sobre mis pies i puso a mi alcance un vaso de aguariente lleno hasta los bordes i, sonriendo con malicia, me dejó solo.

Quedaba un gran silencio batido por el viento incesante que, silbando furioso en torno de la casa, sacudia las ventanas i los tabiques. Por las rendijas dejadas por las tablas del piso entraban chijetes de aire húmedo i mal oliente, que hacian enloquecer a los papeles a medio despegar.

En medio de ese alarido ensordecedor, medité en mi aventura. Me encontraba en la Isla de Pascua, en una isla de salvajes situada en mitad del Pacífico i léjos, mui léjos, de todas las rutas que siguen las naves que cruzan el grande océano solitario.

I, cosa estraña, pensaba en ello tranquilamente, sin arrepentimiento ni entusiasmo; acaso porque no podia creer en la realidad de lo que me rodeaba. Mi ideas i sensaciones no tenían vigor. Imaginaba encontrarme bajo la pesadilla de un sueño estrambótico, en el que un viento impetuoso barria con todas las cosas que hai sobre la tierra i el mar.



CAPÍTULO III

COEMATA ETŪ



DAMS habia salido. Yo, sentado en una silla de lona, bajo un angosto corredor, dejaba vagar mi pensamiento i el humo del cigarro. La mañana estaba extraordinariamente quieta. El cielo, de un añil intenso, se veia cubierto de nubecillas redondas i blancas como el copo del algodón. Bajo las moreras del jardin flotaba una vislumbre verde i cálida. Las

hojas, quietas i lavadas por las continuas lluvias, brillaban como el esmalte. De los cuadros, donde florecian alelíos i pensamientos, i de los senderos enmalezados i húmedos, emergía un vaho caliente, denso i perfumado, que subía lentamente entre los troncos, se desgarraba contra las ramas i desaparecía poco despues de haber atravesado las copas espesas i oscuras de los árboles. X

La atmósfera, diáfana en la altura, prestaba un valor minucioso a los detalles de los volcanes i lejanas colinas que se veían hermosos i cercanos. Por los claros de la espesura se divisaba a trechos el azul resplandeciente del mar.

El jardin de Bornier se confundía con el de la reina. En las parras ásperas i nudosas, destacándose contra la penumbra, los pámpanos transparentes i encendidos por el otoño, eran pequeñas llamas resplandeciendo sobre los sarmientos. Bajo la sombra de un grupo de higueras enanas habia dos mujeres. Al moverse, grandes manchas de sol corrian por sus cabellos i por sus túnicas blancas i rojizas. Una de ellas era la reina. Al reconocerme me llamó.

El dia anterior el danes me habia presenta-

do a la soberana de Rapa Nui. Era una mujercita menuda i graciosa, i tan pequeña que parecia una niña de diez años. Su nombre, Coemata Etú, queria decir Estrella en los Ojos.

Esa mañana una jóven le ofrecia, risueña, los higos caidos de las higueras. Escojia sólo los lacios i blanduchos, que se rasgaban de maduros, i con sus dientes blancos desgarraba la pulpa convertida en una miel espesa.

—Ven, me dijo con naturalidad, i me ofreció de sus higos.

La jóven siguió recojiendo las frutas caidas.

En verdad que era mui grato estar en compañía de una reina tan sencilla, comiendo, a la sombra de las higueras enanas, higos dulces como el almíbar.

Una brisa naciente curioseaba bajo su túnica anaranjada, i los gallos silvestres cantaban ocultos en los matorrales.

—¿Estás contento? me dijo.

✓ No me preguntaba si estaba bueno de salud, como es costumbre en los países civilizados; me preguntaba por mi felicidad. ✓

—Sí, estoi mui contento, le respondí.

Sus ojos eran grandes, negros i húmedos;

su frente, tersa i tranquila; la nariz perfilada, abria las ventanillas sensuales a la brisa marina, i en la boca grande, de labios finos i acariciadores, los dientes blancos sonreian a los hijos abundantes. Su cabellera amarillenta era ligeramente tostada como la piel de su pescuezo largo i flexible. De pié, a su lado, yo veia el nacimiento de la espalda i adivinaba los músculos finos i la carne suave i aterciopelada de Coemata Etú.

—¿Qué me miras? me preguntó.

Yo, sorprendido, no supe qué responder.

—¿Me encuentras fea?

—¡Oh! no, le dije; tú bien sabes que eres hermosa.

Fué ella entónces la que se confundió.

—Ven, Jeca Majina (Canoa de Luna) exclamó dirijiéndose a la jóven. Ven i repite a este señor lo que te dijo Kanaroga.

La muchachita, interrumpiendo su tarea, sonrojada, reia en silencio.

—Kanaroga es mi novio, dijo en voz mui baja. Hace dos noches me aseguró que mi mirada quedó prendida de su frente como la hebra de la araña.

Rieron con alborozo. Coemata Etú cojió de las ramas de la higuera una larga seda que brillaba al sol; la puso en mi mejilla i ámbas, alegres como colegialas, corrieron hácia su casa dejándome solo i asombrado.

Sentí sobre mi rostro un levísimo peso; pero ni mis ojos impacientes, ni mis manos intranquilas, lograron desprender la hebra de la araña.



CAPÍTULO IV

INÚ



ECA Majina tenía una hermana melliza, i ámbas habitaban con sus padres la última cabaña situada precisamente donde comienza a enderezarse el camino que penetra entre los renuevos de toromiros i trepa las colinas del norte. Tooa Tafune (Dulce Caracol) se llamaba la hermana i ámbas eran idénticas. Coincidencia

que esplotaria a maravilla el mui listo de Kanaroga.

Aun no se habia realizado el matrimonio, porque la novia no alcanzaba los diez años. El nacimiento de las mellizas fué mui celebrado, i Kanaroga se hizo reconocer como futuro marido cuando Jeca Majina cumplió cinco años.

A mi me agradaba permanecer en compañía de las mellizas, porque eran alegres como pajarillos i golosas de las frutas perfumadas que embalsaman la rada de Angapiko.

Una tarde cojí algunas flores del jardin i atravesando la aldea fuí a visitar a las mellizas. En una revuelta del camino encontré a un isleño armado de una maza de la madera pesada del toromiro, de una lanza, que llevaba en el extremo un afilado pedernal, i de una hacha de piedra colgada a su cintura. No me atreví a hablarle, pero él me preguntó por Coemata Etú. Le dije que la reina habia salido. Se detuvo indeciso i miró a uno i otro lado. Como, a pesar de ello, nada parecia tramar en mi contra, me atreví a preguntarle qué deseaba decir a Coemata Etú.

—Vengo, me contestó, a pedir permiso para hacer la guerra.

I sin agregar otra palabra se fué por donde habia venido.

Dudando de lo que debia hacer, continué, sin embargo, mi camino, no sin volver la vista de vez en cuando.

Como las propiedades de los isleños no tienen cercos que las separen del campo libre, penetré sin cuidado en la de las mellizas. Detras de la casa encontré a la madre sacando agua del pozo.

Ella me hizo saber que sus hijas no estaban i que el padre andaba en la pesca de la careba.

—Volverán tarde, me dijo, porque Kanaroga las llevó a la playa de los caracoles.

—¿Has visto pasar a un hombre armado? le pregunté.

—Sí, sí; le he visto.

—Iba en busca de la reina para pedirle permiso para hacer la guerra. ¿Qué quiere decir ese permiso?

La madre de las mellizas dejó en tierra el

cántaro de barro lleno de agua i con ira i tristeza dijo:

—Malo es Inú. Mui léjos arroja las piedras, i las piedras que arroja Inú buscan la cabeza de su enemigo. Toda la isla está cubierta de piedras. Niño, jugaba con ellas i golpeaba el mar para que el mar se enojase. I lo escupia i lo insultaba, i era mui pequeño Inú cuando hacia todo esto. Lijero para la carrera como el viento de Mataveri i sufrido para la marcha, i en el agua se burla de la langosta porque todo el fondo del mar lo conoce. Pero Inú es malo, porque no gusta de la alegría.

—Díme, volví a insistir; pero ¿por qué pide permiso para hacer la guerra?

—La guerra se hace con permiso de la reina. Los que desean pelear van a la guerra. A veces son varios i en dos bandos se dividen. A veces son dos. Uno hace la guerra al otro, i se arrojan las piedras de la tierra. El enemigo acecha al enemigo, i detras de las estatuas se esconde. I pide ayuda a las sombras de la noche i paso a paso va sin hacer ruido. Cuando léjos lo creen, tan cerca está que hiere; pero es mas deseable el esclavo i no lo mata. I

el vencedor se lleva al vencido i a las mujeres i a los hijos del vencido, i todo lo que era de su enemigo es suyo, porque el que pierde debe callar.

Nosotros cultivamos lo poco que tú ves; así nadie quiere llevárselo. Mis hijas buscan en el Kau las frutas que a todos pertenecen, i mi marido saca del mar los peces i las langostas.



CAPÍTULO V

UN PARLAMENTO NOCTURNO



UANDO se hacia de noche, las mellizas, acompañadas de Kanaroga, un mozo alto, delgado i sonriente, se encaminaban a la reunion nocturna de los isleños, en la que se da cuenta a la reina de las novedades del día. Terminado el parlamento, a veces nos quedábamos a contemplar las danzas i a oír las cancio-

nes que sonaban mui agradables en la calma nocturna.

Una vez, llegados de los primeros, fuimos en busca de la reina. Como lucia una luna hermosa, comprendimos que la reunion se haria en la playa, al aire libre. Coemata Etú no estaba en su casa. Las mellizas curiosearon en las habitaciones vacías i cojieron varios meloncillos limensos que impregnaban el aire, allí encerrado, de un perfume mareador. Miéntras ellas los comian con placer, yo me encaminé a la playa por temor a un disgusto de la reina, si ésta llegaba de improviso.

Un grupo de isleños, tumbados en la arena, aguardaban silenciosos. Algunas mujeres reian con los gritos de los niños cuando les mojaban los pies las olas mansas.

Por los senderos que vienen del norte, del interior i del volcan, llegaban los habitantes de las playas lejanas. El penúltimo en llegar fué el emisario que venia de la distante Anakena, a ocho millas de distancia; i el último, Coturhe Uruiri (Fuego Negro), el viejo de Vui Mou.

Despues aparecieron la reina i Adams. Ella se sentó en un extremo de la suerte de círculo

que formaban los isleños, i el danes buscó sitio al igual de todos. Yo, sentado entre los pescadores de Angaroa, aguardé con curiosidad, porque Adams iba a quejarse de ciertos robos de ovejas.

La arena fresca blanqueaba a la luna. Estrellas azulinas, estrellas doradas, estrellas rojas se veian por el ámbito del cielo silencioso. La Via Láctea era una niebla de luz, i el Saco de Carbon una sima negra en el profundo color del firmamento. El acompasado sonar de las olas parecia medir el tiempo que volaba invisible. En el mar oscuro rielaban los rayos de la luna. La silueta nítida de las colinas en sombra les daba un aspecto desconocido, i el viento que dormia habia dejado vagando en el aire el aroma agradable de las algas marinas.

—En Anakena, Coemata Etú, el dia de hoi i el de ayer son hermanos. La luna dice que el tiempo cambiará, i yo creo que esto será pronto; porque son mui escasas las estrellas que caen en el mar.

Todos, levantando los ojos, contemplamos al mozo que habia pronunciado esas palabras.

—Hacia el lado del viento de Mayo, las estrellas caen en abundancia. Yo creo que el mal tiempo hará daño a las fiestas de Areanti, dijo una mujer anciana.

—Las fiestas de Areanti serán tristes, porque pocos alcanzarán a ellas, exclamó el viejo de Vui Mou.

—La época que nombras está aun lejana i te puedes engañar, dijo la reina, i si lo que aseguras fuese verdad i ningun remedio se te alcanza ¿por qué nos entristeces dos lunas antes de que llegue el mal?

—El viejo que trata de asustarnos, o alguno de sus parientes, me ha robado, dijo Adams. Estuve ayer en Vui Mou i vi que faltaban dos ovejas negras.

—Yo no las he robado, replicó el anciano.

—Pero tú sabes quién es el ladron.

—Yo no sé nada. Tú tienes muchas ovejas, i poca falta te hacen las ovejas negras.

—Cómo se entiende, saltó el danes ¿es decir que yo no tengo derecho para reclamar?

—No te enfades, le suplicó Coemata Etú. Todos te ayudan; dáles en cambio las ovejas perdidas.

—¿A los ladrones?

—Me has dicho, comenzó la reina con su voz armoniosa, que en tu país se castiga el robo. I yo he comprendido que se castiga porque son muchos los que, no queriendo robar, no desean que otros se apoderen de sus cosas. En Rapa Nui, en cambio, todos roban a todos; de esta manera nadie hace daño a nadie. ¿Por qué no robas tú también?

—¿I qué les voi a robar? replicó con sorna Adams.

—Roba los conejos i los gallos silvestres, dijo un pescador que se sentaba a mi lado.

—Como los robos de gallinas en tiempos de Inucura, prosiguió la reina, eran fastidiosos, porque quedaban las nidadas a medio empostrar, sin que nadie lo propusiera, se dejaron las gallinas en libertad, i desde aquel tiempo pertenecen a todos, i los muchachos mas listos buscan los sitios donde esconden sus huevos.

—Cómo sabes, dijo un jóven, si las ovejas negras se te han perdido al igual del sombrero que reclamabas la otra noche.

—Mientes, gritó Adams; tú encontraste el sombrero i lo tienes en Angaroa.

—Entónces, dijo la reina, el sombrero no se ha perdido. Si álguien recoge lo que a tí se te cae, no puedes decir que se ha perdido algo. Si lo que cayó nadie lo ve i permanece como oculto o tragado por el mar, sin que a nadie aproveche, puedes decir que algo has perdido. Quédate tú con el sombrero, díjole al jóven, porque a tí tambien te aprovecha.

Adams se levantó furioso i vino a sentarse a mi lado.

—Estoi aburrido, me dijo, de vivir entre estos mentirosos i ladrones. En pocos dias mas, me iré al norte, a Anakena.

Álguien repitió a la reina lo que yo acababa de oir, porque ella dijo:

—Si no te acostumbras entre nosotros, yo lo sentiria; pero sentiria mas que vivieses disgustado en Rapa Nui. No nos comprendes i nosotros tampoco te comprendemos. Es verdad que hasta nuestros niños acostumbran a mentir; pero como todos sabemos que se nos quiere engañar, no creemos en lo que se nos dice, i así llegamos a conocernos unos a otros mucho

mejor de lo que tú te figuras. En tu lugar, yo también mentiría; pero varios me han dicho que eres muy tonto para mentir, por eso no te guardan el respeto que deseas.

—Pero si afirmas que todos Uds. mienten, replicó el danés amoscado ¿cómo sé yo ahora si lo que me dices lo dices o no en serio?

—En las noches decimos la verdad, porque es inútil engañar a alguien cuando estamos todos juntos i cualquiera puede en seguida, prevenirlo.

Siguió un largo silencio. Adams se retiró disgustado.

—¿Nada mas tienen que decirme? preguntó Coemata Etú. Me alegro, porque así sé que el día de hoy fué hermano del de ayer.

Los jóvenes se dispusieron a bailar en la parte de la playa húmeda i endurecida, i los muchachos corrieron alegremente.

Cuando el emisario de Anakena se retiró, yo le alcancé i le pedí que me explicara sus temores.

—Tú sabes, me dijo, sin acortar su paso elástico i en tanto ascendíamos la colina, que en

Rapa Nui no hai mas agua que el agua de la lluvia.

—Sí, le contesté. Estraña tierra es ésta en que nadie conoce un rio, ni un arroyo, ni una fuente.

—Tú sabes, proseguia sin escucharme, que la tierra arenosa sólo deja hacer pozos en mui pocas partes. En muchas nunca mana el agua, i en ninguno se encuentra cuando pasa una luna sin llover. En los tres volcanes de los tres estremos de Rapa Nui se mantiene un tiempo el agua del cielo, i en los doce pequeños que se levantan en el centro, brilla un sólo dia. La luna dice que llegarán dias secos, i tú has oido que hácia el viento de Mayo caen muchas estrellas en el mar. Las fiestas de Areanti, en celebracion de la época de las lluvias, serán tristes. Coemata Etú lo sabe, pero es buena i ha querido engañarnos.

El campo estaba sembrado de pedruscos que hacian fatigosa la marcha. Algunos conejos sorprendidos corrian azorados en busca de sus madrigueras.

—Sólo en la poza de los sapos, continuó el

jóven de Anakena, el agua no se agota; pero enferma a quien la bebe. ¿Oyes? me dijo.

Se distinguía un croar cercano.

Cuando llegamos a la poza, los sapos enmudecieron. Quise lanzarles una piedra, pero el jóven me contuvo.

—Si les arrojas una piedra, el agua enturbiada no les dejará cantar. Los sapos saben que su agua es podrida. Por eso cantan rara vez de día, i casi nunca en las noches nubladas. Cuando brillan las estrellas cantan alegres, porque las ven en el fondo i creen que el agua es nueva.

Me despedí del emisario de Anakena i regresé lentamente pensando en el peligro de la sequía. Ya en lo alto de la colina pude distinguir las casas de Angapiko. Permanecí largo rato inmóvil contemplando el efecto de las danzas i de la luna sobre el mar. El rocío brillaba en el césped como polvo de plata, i al palpar mis cabellos los sentí húmedos i frescos.



CAPÍTULO VI

TUKUIHÚ



OCO ántes de medio día llegó Kanaroga a decirme que la reina había partido en dirección del volcán Huítiti. Me rogó que lo acompañara i, para convencerme, me dijo, haciendo un jesto de intelijencia, que Coemata Etú había preguntado por mí. La malicia ajena se anticipa a nuestros propósitos. A mí me era agradable la compañía de la reina,

porque, olvidada de Bornier, habia quedado gustando del trato de los extranjeros. Curiosa de las costumbres, que llamamos civilizadas, tenia sobre ellas juicios tan originales que me hacian admirar su inteligencia tranquila i libre.

El sol picaba la piel, i los oidos el viento los llenaba de canciones. Nubecillas de polvo arremolinado nos antecedian. Kanaroga, desnudo, llevaba sólo un ancho cinturon de hojas i, a manera de sombrero, un círculo de plumas de aves marinas, trenzadas con yerbas flexibles.

Se hacia difícil el conversar; el viento impetuoso nos atragantaba, si habríamos la boca. Inclınados hácia adelante, los ojos fruncidos, caminábamos con dificultad. A la vera del camino los arbustos, estremecidos por los golpes huracanados entregaban sus hojas entre las garras del viento. Toda la grande estension del mar se veia salpicada de espumas blancas. Los torbellinos cambiantes peinaban i despeinaban a las pequeñas espigas como a los hilos de una cabellera. Si necesitábamos comunicar-

nos algo, nos veíamos obligados a hablar a gritos.

Nuestra marcha seguía las ondulaciones suaves i continuas del terreno sinuoso. Se divisaba el volcan, pero los ojos cegados se abrían con dolor.

Al cruzar Winipao, atravesamos una plataforma que hacía el lado del mar tenía una muralla de piedra de mas de cien pasos de largo. Las malezas crecían entre las grietas. Varias vereditas sorteaban las escalinatas ocultas i las peñas desprendidas. Trepaban en seguida, entre los cimientos i las ruinas de los primeros bastiones de lo que fué castillo, fortaleza o templo. Numerosas i enormes estatuas i columnas tumbadas, medio ocultas por los matorrales i el guano de las aves marinas, yacían por todas partes. Sólo tres quedaban aun en pié. Una, cerca de nosotros, nos mostraba su fuerte i ancho torso de piedra. Había otra tan inclinada, que se esperaba sentir el sordo estrechimiento que haría su mole al caer. I como centinela avizorando el mar, la mas gigantesca de todas rasgaba con su enorme nariz el paso del viento i allí, entre sus hermanas caídas,

misteriosa, soberbia i sombría, su perfil aguillino reconcentraba orgullo por los siglos vencidos.

Lagartos inquietos, rojos i atornasolados corrían entre las piedras.

Descansando, sentados a la sombra de la muralla, sentíamos pasar el viento monstruoso por encima de nuestras cabezas. Algunas de las grandes estatuas, talladas en lava gris, llevaban una roja corona de tofo volcánico. Las caras rectas, abultadas, contemplaban la altura con una mirada vacía. Todas tenían una impresion desdeñosa que los escultores indicaron con extraño vigor. Huesos quemados i dispersos al pie de las columnas hacían pensar en antiguos sacrificios.

—¿Quién hizo todo esto? pregunté a Kanaroga.

—Tukuihú lo hizo.

—¿Hace mucho tiempo?

Kanaroga con un gesto de su brazo extendido quiso dar a entender una época muy antigua

—La luna estaba joven cuando partieron de la Isla Rapa hacia el Oriente Tukuihú i los

suyos. En un gran barco venían. Tukuiahú era el rei i todos lo querían, porque era el rei de todos.

A Ouinipu llegó el gran barco. Sólo Tukuiahú bajó a tierra i gustó de ella, i como era sabio hizo en Huititi ochenta casas de la piedra del mar, i fué al volcan i de la piedra del volcan hizo las estatuas de la isla. Entónces llamó a todos i distribuyó la tierra. Tukuiahú vivía en el volcan i cuando la fardela pone su huevo vivía en su casa de piedra que bañan las olas.

Tukuiahú hizo en los barrancos que caen al mar las estatuas de los hombres sin piernas. I al llegar a viejo, tallaba en madera; la piedra era dura para él. Muchas cosas sabía i no quiso morir. En mariposa se transformó, porque amaba a los niños. Los niños corren detras de las mariposas i llaman a Tukuiahú.

Su hijo fué rei. Inmeke se llamaba, i despues reinaron Va Kai, Marama, Roa, Mitiake, Utuite, Inucura, Mira,... Tepito i Gregorio. Nombre feo; los extranjeros le pusieron este nombre; pero su hermana, Coemata Etú, tiene un nombre hermoso. Ella te espera para ofrecerte de sus plátanos, i Jeca Majina a mí me aguarda.

Habia menguado el viento i la tarde, bañada largo rato por él, estaba fria.

Una red de caminillos trazados por los animales cubria la falda de los cerros de la costa. Vacas i ovejas dispersas pacian tranquilamente. El volcan Huititi alzaba su mole rota. Seguimos orillando el mar. Las olas, al retirarse, formaban con los guijarros un ruido alegre.

En las vertientes del cráter se veian nuevas i numerosas estatuas. Eran tambien de lava. Medio enterradas, asomando sólo sus grandes i toscas cabezas, admiré a los desconocidos artistas que al hacer ese pueblo frio, silencioso e inmóvil, escojieren, como el maspreciado material, a lo que un dia, animado por el fuego, corrió con estrépito, rojo, ardiente i devastador.

Se distinguian algunas mujeres con sus túnicas amarillas hinchadas por el viento. Los muchachos bajaban a la carrera sorteando las estatuas a riesgo de matarse: Tukuíhú! Tukuíhú! Uno de ellos habia levantado una mariposa i todos la perseguian sin descanso.

—Tarde has llegado, me dijo Coemata Etú.

Nada tengo que ofrecerte, porque todo lo hemos comido.

Pero Tooa Tafune, en quien no había reparado, sacando de debajo de su túnica un ligero racimo de plátanos pequeñitos, me los ofreció sonriendo.

La reina sorprendida miraba intrigada.

Yo le aseguré que había comprendido su castigo, i ella, creyéndome engañado, dijo a mi oído palabras dulces i cariñosas.

Tukuiahú! Tukuiahú! esclamaban los muchachos contemplando con tristeza la mariposa que se alejaba aire arriba.

Caminando por la arena muelle dije a Coemata Etú:

—Kanároga me ha contado la historia de Tukuiahú; quisiera haberla oído de tus labios.

—¿Qué te dijo Kanároga?

Le repetí lo que oyera cuando, sentado a la sombra de la muralla, contemplaba las estatuas caídas.

—Hai muchos, dijo Coemata Etú, que creen mas de lo que uno dice. En las reuniones de la noche recordamos a veces los años pasados de la isla. Yo les cuento lo que oí a mis padres i

ellos entienden mas de lo que oyen. Cierto que Tukuíhú llegó el primero a Rapa Nui. Pero yo no creo que haya hecho las estatuas, porque no dijo para qué las habia hecho. Las estatuas son tantas como las estrellas. ¿Cómo pudo hacerlas un hombre solo? Pero Tukuíhú era mas sabio que nosotros i se convirtió en mariposa.

—¿En muchas mariposas?

—Sí, en muchas; ¿no lleva el viento a todas partes las cenizas? Aquellas, terminó, señalando unas rocas distantes, son las casas de piedra. Tukuíhú sabia que es poderoso el huevo de la fardela i se apoderaba del primero del año.

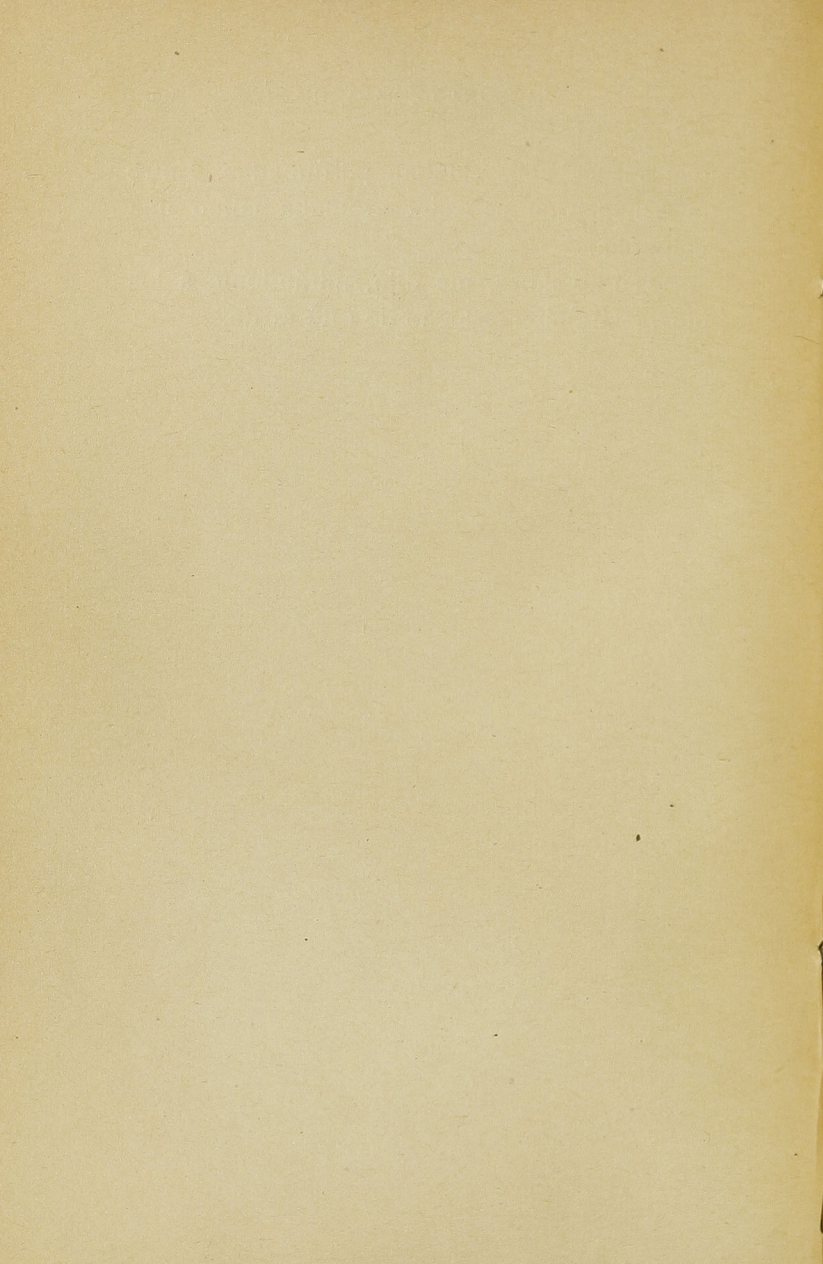
Me regañó, en seguida, por no haber ido al cráter del Huititi.

—Es hermoso, me dijo, i tan hondo que, si existiera un paso, el mar bañaria las plantaciones de caña de azúcar i de plátano. Es mui agradable dormir allí, en la sombra, bajo las grandes hojas, cuando el sol está alto i el calor hace que los plátanos sean mas olorosos que las flores. Acércate, me dijo.

I haciendo que aproximara mi cara, sentí

que sus cabellos estaban perfumados. Entre mis manos su cabecita aromaba como una magnolia.

—Tú no sabes, me dijo, mirándome a los ojos, cuál fué el ensueño de esta tarde.





CAPÍTULO VII

UN VETERANO DE LA GUERRA DE CRIMEA



ANTES de su partida a Anakena, Adams me contó la historia de Bornier.

Estábamos tendidos en la playa en medio de la inmensa sombra que proyectaba el volcán Kau. La arena, aun tibia, nos sumía en una agradable somnolencia, y la suave brisa del mar borraba los últimos restos de mi inquietud.

— Monsieur du Trou Bornier, comenzó

Adams, veterano de la guerra de Crimea, es un hombre extraordinario. Escuche Ud.

Yo no prestaba gran atencion. Observando sus manos toscas, rubias i velludas, veia, en medio de los cordones azules de las venas i de las pecas doradas, un ancla tatuada en índigo, cubriéndole la muñeca izquierda.

—Bornier llegó a esta isla hace cuatros años, traído por su irresistible necesidad de movimiento i quién sabe si por quitarle el bulto a cierto asunto. Son díceres; yo no lo puedo asegurar. Los oí una vez en Tahití, en la taberna de un amigo mio; despues, el piloto de la goleta que hace el viaje a las Islas Marquesas, me los confirmó. No me atrevería; pero ya que Ud. se empeña le diré que hai cierto robo de cananacas para venderlos en el Perú a la Empresa de las Guaneras de las Islas Chinchas.

Llegó a Rapa Nui en circunstancias de que mediaba un año, o poco mas, que se habia establecido aquí, al otro lado de esa colina, en Angapiko, una mision de frailes franceses. En un principio todo marchó bien, pero Bornier es sanguíneo, i qué diablos... I como no siempre se consigue lo que se desea... En una pala-

bra, tuvo cierta cuestion con una mujer i los religiosos formaron un escándalo. Qué vamos a hacerle! los frailes meten una alharaca por cualquier motivo. Este fué el comienzo.

Bornier, que talvez venia para estudiar el terreno, ver modo de traer ganado a la isla i emprender algunos cultivos, para evitar enredos se vino a Angapiko i comenzó a construir una casa con la madera, aun servible, de algunos buques que habian naufragado en años anteriores.

Casualmente aquélla, la última a la derecha, detras de esos nísperos. Es bien poco confortable, pero era mucho hacer para la poca ayuda que le prestaron los indíjenas.

Se veia, medio oculta por los árboles, una casucha plomiza de ese color gris que toma la madera espuesta a la lluvia i al viento salino.

—Aprovechando el caso, rarísimo en ese tiempo, de la llegada de un buque, volvió a Tahití por poco tiempo. Meses despues regresaba con ciertos poderes otorgados por las autoridades francesas i bien surtida una vieja goleta de ganado lanar, algunos arbolillos, herramientas, comestibles. Yo le acompañaba. Nos ha-

bíamos conocido en casa de una mujer amable de Papeete, i como sucede en esos casos, uno intima estrechamente o se quita el cuerpo a los conocedores de nuestras horas alegres.

Yo soi danes, Ud. lo sabe, nací en Aalborg, pero mis primeros años transcurrieron en Islandia a donde fuí emigrando con mis padres, unos pobres campesinos. Un dia, no alcanzaba todavía catorce años, triste i desesperado en esa tierra oscura i muerta, me escapé a bordo de un velero. Desde entónces ruedo por el mundo. No me he casado. No he reconocido hijos. Tuve i dejé de tener en mas de una ocasion una pequeña fortuna. I ahora, sin esperar nada, sigo viviendo porque la vida es mas fuerte que todo eso.

Me ofreció tabaco, sacó su cachimba, i, despues de cargarla cuidadosamente, prosiguió envuelto en grandes volutas de humo que le hacian fruncir sus ojos azules i candorosos.

—Cuando me habló Bornier de su proyecto, no me quedaba un centavo. Un bandido habia soplado ciertos cuentos a la policía, mentiras, calumnias. Acepté. ¿Podia hacer otra cosa? I luego me parecia un gabacho listo. En

sus expansiones me refirió aventuras deliciosas.

Llegamos en primavera, en tiempo de las fiestas de Mataveri, que se celebran por dos meses; pero un aire de muerte vagaba por la isla. Bornier no reconocía la animación antigua. Los misioneros estaban entristeciendo a los alegres isleños.

Ud. no ignorará que en todas las islas nacen, el diablo se mete en ello, mas hombres que mujeres. Así la mujer, que en cualquier parte es codiciada, en una isla vale mas que el oro. Los buenos padres, al impedir que unos pocos con su poligamia abarrotaran la existencia, hicieron un bien a la mayoría, pero como amenazaban con las llamas del infierno a algunas mujercitas complacientes, los pobres muchachos andaban tristes i rabiosos.

—Ah! este don Adams, le dije golpeándole el hombro.

—Qué diablos, amigo mío. Yo tengo mi modo de pensar i siempre he dicho que dónde hai de todo, viene bien la moral; pero dónde no hai nada?

—De modo que Ud...

—Ai! señor; cuando uno ha dado vuelta al mundo no ignora que hai muchas maneras de vivir, i no me vengan a mí que esta es buena i que la otra es mala. Ignorancia i nada mas.

Bornier encontró tambien que la casucha que habia construido estaba medio hecha pedazos i como el hombre con los años se pone sospechoso, creyó entender que sus compatriotas... Entónces; ah! nunca me he reido mas. Le juro a Ud. que estuve enfermo de reir.

El gabacho, que no se achicaba por cualquier cosa, llamó a los hombres que vagaban como almas que lleva el diablo. Por ellos supo que la reina, huyendo de toda catequizacion, se habia retirado a Anakena con unos cuantos súbditos fieles. En tanto, Torometi i su hijo Inú, los isleños mas belicosos, eran el brazo derecho de los misioneros.

Pues señor, nos fuimos una madrugada a Anakena. La reina, Coemata Etú, antigua conocida de mi amigo, nos recibió cordialmente, convidándonos con ñames o camotes asados. Comprendí, desde el primer momento, que esa

mujer era inteligente porque aceptó, sin vacilar, el plan que le propuso el frances.

Se llamó a todos los habitantes que se pudo, logrando que vinieran no pocos curiosos de los que vivían con los frailes en Angaroa.

Reunidos en la playa, la reina les hizo saber que éramos sacerdotes de mas elevada alcurnia que los entrometidos del sur i que, provistos de poderes divinos, íbamos a poner fin a sus prédicas. En adelante, sólo nosotros podríamos hacer los verdaderos matrimonios y fijar las normas de conducta.

Era un hermoso día de Octubre. En la noche habia llovido torrencialmente en medio de truenos i relámpagos. A traves del aire lavado, el sol brillaba hasta cegarnos. Bornier se habia puesto toda la ropa que pudo: una chaqueta sobre la otra, dos sombreros. Un verdadero lujo de abundancia que hizo gran impresion entre los desnudos circunstantes.

A mí, no se ria Ud., me obligó a meterme un tarro en la cabeza. Esto brillará, me decia.

Bornier, como sumo pontífice, deshizo para comenzar, todos los matrimonios que se le presentaron, consagrados por los misioneros;

formó nuevas uniones mas del gusto del dia de los interesados, i siguió, en lo que pudo, las tendencias de sus alegres fieles.

I esto no se hizo sólo en Anakena; por espacio de una semana recorrimos la isla de un extremo a otro, enderezando entuertos i devolviendo la perdida libertad.

Pero siempre quedaba un punto oscuro, porque ha de saber Ud. que existía una situacion falsa para Coemata Etú. El rei Tepito, su padre, años atras, habia sido robado a bordo de un buque con mil de sus súbditos por uno de esos tantos traficantes de esclavos que, hasta no hace mucho tiempo, venian a buscar sus mercaderías en estas islas indefensas del Pacífico.

Tepito dejó dos hijos: Coemata Etú i un muchacho que pronto catequizaron los misioneros, bautizándolo con el nombre de Gregorio. Como habia cierta disconformidad de pareceres para saber cuál de ellos debia gobernar, la isla andaba revuelta.

Gregorio era un pobre niño flacuchento i enfermo, que en medio de sus nuevas creencias no pudo desprenderse de antiguas prácti-

cas i prerrogativas. Tonteras que Bornier, nunca he sabido cómo, le ayudaba a cultivar. Quién sabe si lo hizo por intermedio de algunos indígenas, que con sus consejos robustecerían esa actitud ridícula que molestaba a los frailes.

Pues bien, uno de esos prejuicios, el de que la cabeza real era tabú e impalpable, iba a costar la vida al pobre Gregorio. Enfermo como estaba de fiebres, resistió con energía a los cuidados de los misioneros, que no pudieron conseguir que les permitiese colocarle paños húmedos en la frente, ni cortar uno solo de sus abundantes i larguísimos cabellos, que crecían libremente, en virtud de esa idea, desde que vino al mundo. Claro está que tuvo que morir; porque con la mata esa de pelo, bueno i sano cualquiera se lleva un sofocon.

Fué nuestro primer triunfo; la suerte nos ayudaba. Pero mi amigo quería un procedimiento mas rápido; con este fin repartió cuatro o cinco viejas armas de fuego que sólo entonces supe que había traído ex-profeso.

Se formó una verdadera guerra civil. El bravo Torometi i su hijo Inú, codiciando las nue-

vas i terribles armas, se pasaron a nuestro bando. Ah! no iban a quedar descontentos; les armamos de pies a cabeza.

Miéntas tanto, el gabacho le hacia el amor a la reina i llegó a ser el verdadero príncipe consorte. Coemata Etú lo dejaba hacer i, cediendo a sus deseos, dispuso que, en adelante, los frutos de la tierra se repariesen en tres partes iguales: una para ella, otra para el frances, i la tercera para el pueblo. Mas, como Bornier era el marido de la reina, fueron, en realidad, dos las partes que él recibía. Los frutos eran abundantes; bastaban i bastan dos dias de trabajo en un año de fiestas i jolgorios; los isleños no protestaron.

La revolucion duró poco tiempo. Dos veces los nuestros incendiaron el pueblo i la nueva mision de Vui Mou. Por suerte para los misioneros, llegó una goleta de arribada forzosa, por falta de víveres, i se embarcaron mas que de prisa. La mitad de la poblacion de la isla los siguió. Bornier quedaba satisfecho; pero la pobre Coemata Etú lloró largo tiempo la ingratitude de algunos de sus súbditos.

De dos mil o mas habitantes que habia en

tiempos de Tepito, con tales descabros, no quedaron arriba de trescientos. Rapa Nui era una isla silenciosa. Andando por los caminos interiores no se veía un alma, i aun cuando Bornier asegurase que todo ello redundaba en nuestro beneficio, lo cierto es que se sentía un desasosiego al recorrer los campos solitarios.

Yo me había puesto de pie. Un vientecillo helado i desagradable comenzaba a soplar.

—¿Quiere Ud. que regresemos? le dije.

Miéntas caminábamos fatigosamente por la playa, deteniéndonos a cada instante, Adams recordó que los misioneros habían enviado numerosas cartas a Bornier en las que le rogaban que hiciera cesar los graves disturbios en que la isla se veía envuelta.

—Invariablemente, decía Adams, mi amigo les contestaba:

«Reverendos padres: Uds. son unas buenas personas; pero severas i tristes en exceso. Enturbian la alegre inconciencia de los isleños con demasiados deberes i anuncios espeluznantes. Esto está mal, mui mal. Si hai un Dios, les castigará a Uds. Porque ¿a qué viene el llenar de trabas i temores a la vida sencilla e

inocente de estos hombres buenos i primitivos?»

I todo lo recuerdo, palabra por palabra, porque estaba bien dicho. ¿No lo cree usted así?

—Sin embargo, amigo Adams...



CAPÍTULO VIII

LOS NAUTILOS



A embriaguez del estío se apoderaba del ánimo i nacia un deseo de vagar a la ventura. Cada cosa la contemplaban los ojos con amor i uno reia de ver tantas variedades de florecillas orillando los caminos de la aldea. Por los senderos de las rocas bajaban los pescadores de langostas con sus redes de barahú, i en la playa distante se divisaba a los isleños

buscando la careba. El aire caldeado por las arenas subia tembloroso.

—Coemata Etú, le dije; quiéres que vayamos donde aquellos pescadores?

—Sí, vamos, me contestó.

En los montones de algas que las olas habian arrojado sobre la playa, pululaban las blancas pulgas de mar. A nuestro paso, abandonando su comida, saltaban en todas direcciones i quedábanse las mas pequeñas imposibilitadas de salir de los hoyos que hicieran las pisadas de los pescadores. Coemata Etú sonreia observándolas.

La humedad de la arena era un espejo que copiaba sus piernas finas, i los pliegues de su capa amarilla recibian el azul reflejo del mar. Su pequeña silueta se veia aun mas reducida al recortarse en la vasta amplitud de las aguas.

Divisamos, de pronto, que los pescadores comenzaban a correr i, asombrados, nos detuvimos. Uno subió a lo alto de una roca. Todos parecian llenos de agitacion. Se les veia discutir.

Fuimos hácia ellos i nos recibieron con grande algazara. Un mocetón, que llevaba un ca

labazo de sombrero, nos dijo que ^hacia el poniente se divisaba una vela.

El que permanecía sobre la roca nos aseguró que sus compañeros se equivocaban y pronto todos vimos que tenía razón. Con desaliento los pescadores volvieron ^hacia los peces abandonados que ensuciaban el brillo de sus escamas con sus saltos sobre la arena.

Nos sentamos a la sombra de las rocas i, tomando entre las mias una mano de Coemata Etú, le pregunté si no habia deseado alguna vez abandonar a Rapa Nui i conocer tierras lejanas.

—Nunca, me dijo, nunca. Mucho tiempo hace, un buque retuvo engañadas a las mujeres que van a ofrecer amor a los marineros i a los hombres que venden el ñame i las gallinas silvestres. Salió el buque mar afuera i les dejaron en libertad cuando sólo agua se veia en torno; mas ninguno dudó, i todos se arrojaron al agua. Nadaron con rapidez, siguiendo la huella que dejan los buques en el agua. ¿Dónde estaba Rapa Nui? Buenos para nadar son sus hijos, pero son muchas las olas del mar. La tarde era oscura i el frio mordía las carnes.

Allá van, allá van unos tras los otros los hijos de Rapa Nui como las rondas de la careba. Las mujeres seguían a los hombres, pero el amor las había fatigado i buscaron para dormir el fondo del mar. Entónces los hombres divisaron el volcan Kau, i el volcan Kau les dió fuerzas para nadar. I la noche llegó i siguieron en la noche nadando. Los que iban adelante no sabían de los demas. Los tiburones venían a reemplazarlos. I el primero que nadaba vió que Rapa Nui parecia alejarse. Pero él era mas fuerte que todos i no creyó en lo que veía. I nadó sobre cada ola, i una a una las dejó vencidas i todos los tiburones lo acompañaban.

El contó todo esto i puso a su hijo el nombre de Jecan Jerai, que quiere decir Nadar el Mar. El mereció su nombre porque fué dos veces el ganador de la fardela...

Un repentino chubasco nos hizo guarecernos en una gruta formada por grandes rocas verdinegras. El agua de la lluvia comenzó a filtrar por una grieta invisible, i un arroyuelo corrió buscando una salida.

—Coemata Etú, le dije; al igual de este hilo

de agua que corre a nuestros pies, hai en esas tierras, que tú no quieres conocer, rios anchurosos cuyas locas aguas bajan de las montañas a los mares sin que nunca dejen de pasar i pasar. Antes de que yo naciera, i ántes del nacimiento de mi padre, ántes de que llegase Tukuihú a Rapa Nui, mil lunas hacia desde que esas aguas estaban corriendo. I despues de mi muerte i de la tuya, Coemata Etú, correrán otras mil i mil lunas, i el rumor que hacen esas aguas es como un canto; i como todas se juntan en el mar, el mar puede hacer el estruendo armonioso que tú conoces. ¿No oyes sin cansancio i con agrado el ruido de las olas? ¿Verdad que en esta gruta suenan sus voces como si estuviéramos dentro de un caracol?

Coemata Etú, que escuchaba ensimismada i con el pensamiento lejano, se puso repentinamente de pié i corrió hácia la salida de la gruta.

—Ven, ven, decia, i señalaba algo sobre el mar.

Ah! entónces ví, entre la chispería de la lluvia, al ser iluminada por el sol, un espectáculo maravilloso.

A corta distancia de la playa navegaban

tres pequeños barcos a la vela, no mayores que los que hacíamos cuando muchachos. Sus cascos eran tornasolados como madreperlas; su velámen, amarillento i trasparente, i azul el cordon del ancla que caia en el agua como buscando puerto.

—Qué es eso, Coemata Etú, le pregunté.

Los invisibles tripulantes de esos barcos diminutos parecieron advertir nuestra presencia, i temerosos de correr algun peligro, enmendaron rumbo alejándose con rapidez.

—¿Son nautilos?

—Sí, me dijo; ese nombre i otros muchos tienen. Oh! en ellos, agregó sonriendo, en ellos sí que yo quisiera ir por los mares, hácia las tierras de que tú me hablas.

El chubasco seguia su camino hácia el sur, i el sur se tornaba mas i mas oscuro, en tanto que sobre nosotros i sobre todo lo que nos rodeaba caia un sol brillante.

Largo rato permanecemos reuniendo conchas de pequeños caracoles i ramillas de corales blancas, rosadas i rojas. Eran tan hermosas, que la playa se veia como un jardin, i

era tal su número que yo no hallaba donde colocar mis pies.

Por trepar sobre rocas afiladas, Coemata Etú se lastimó ámbos tobillos. La senté sobre mis rodillas; con un pañuelo enjugaba su sangre. Su peso no era mayor que el de una brazada de flores, i el calor de su cuerpo, al atravesar su túnica i mis ropas, turbaba mis sentidos.

Libélulas encarnadas volaban de a pares jugando al amor. Silenciosos contemplamos sus jiros ondulados. De vez en vez llegaban hasta nosotros el zumbido ardoroso de sus alas.



CAPÍTULO IX

EL SABIO WI MOU



POCO a poco confirmé mi opinion de que Coturhe Uruiri era considerado como un sabio. No sin cierto trabajo conseguí ganarme su amistad. Un dia, deseando aclarar algunos datos que él mismo me habia dado, fuí en su busca.

Unos muchachos me hicieron saber que Coturhe habia ido al cráter del Kau; tomé esta nueva direccion. Al llegar a la cumbre, una

cortina de nubes bajas volaba con lijereza; pronto ocultaría el sol. Sobre el fondo oscuro i violeta de las nubes, como una arista de fuego, se destacaba el inmenso anillo rojizo del cráter. Era de una regularidad tan perfecta, que se creería contemplar un coliseo para gigantes. Grandes i profundas torrenceras labradas por el agua de la lluvia partían las imaginarias graderías, i sombras de un azul oscuro llenaban sus hondas concavidades. A cien varas de profundidad comenzaba a señalarse una lijera vegetación, que se hacía cada vez mas tupida i lozana hasta convertir el fondo del cráter en una elipse verde i tropical.

La relativa aridez exterior se trocaba allí en una fertilidad imposible de ponderar. Los arbustos llamados barahú, los plátanos, las cañas de azúcar, las palmeras, los helechos crecían casi unos sobre otros con una fuerza que sólo ese conservatorio de una milla de largo les podía dar.

Por el cómodo camino de descenso bajé en busca de Coturhe, i cruzando de un extremo a otro el fondo plano del cráter, llegué hasta una angosta laguna formada por las lluvias.

Numerosas mujeres sacaban en sus calabazos del agua allí apozada.

Como nadie supiera donde estaba Coturhe, volví a salir ayudando a una anciana que apenas podía caminar bajo su carga de plátanos.

Cuando llegamos al anillo de la cumbre vimos a un viejo que, inmóvil, contemplaba la vasta estension de las aguas. Ya el cielo i el mar estaban grises i velados por una niebla ténue. Pasaba el uno al otro sin cambio aparente, de modo que, desde el silencio de la altura, la isla era como un mundo pequeño suspendido en el espacio. Me senté para cobrar aliento i, mirando el cielo i el océano confundidos, me quedé pensando en algo que no tomaba forma, pero que, dominándome cada vez mas, me hizo olvidar lo que me rodeaba i lo que yo era.

—¿En qué piensas? dijo una voz conocida.

Desperté sobresaltado i la conciencia que volvía, al penetrar violentamente en mí, pareció herirme. De pié, sonriente i triste, estaba Coturhe Uruiri.

—¿Buscas las islas perdidas?

—No sé nada de lo que me cuentas, le contesté.

—Hombres de tu tierra vienen a buscarlas. Nadie las encuentra. I las islas siguen donde nadie las ve.

—¿Es verdad lo que dices?

—Sí, es verdad. I no son aquéllas. Aquéllas son el Mutu Rakau i el Mutu Nioi. Las otras están lejos i están cerca, adelante i atras, i a uno i otro lado.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Digo que ellas están donde nadie las ve. Yo no las he visto, pero alguien las vió.

Mutu Rakau i su hermana son las de las fiestas de Mataveri, cuando el mahute retoña i pone su huevo la fardela.

—Llegué en Enero, Coturhe, ya el Mataveri había pasado. ¿Porqué buscan el huevo de la fardela?

—Cuando el mahute retoña nos reunimos al pie de este volcan frente a Mutu Rakau. Mutu Rakau i su hermana están llenas de los pájaros del mar. Los jóvenes se meten en una caverna i la caverna les oculta corto tiempo. Despues todos se lanzan al agua. Mutu Rakau está lejos, el mar lo defiende con sus olas grandes; las rocas i los corales lo defienden, i una co-

riente oculta lleva léjos a los que se ahogan. Los jóvenes, al nadar, van gritando, i todas las aves dejan la isla i gritan a su vez. I las aves vienen i vuelan en torno de los que nadan i los persiguen con furia i quieren romperles la cabeza i los ojos. I al llegar a Mutu Rakau, algunos tiemblan por el trueno del mar. Las olas grandes estrellan contra las rocas a los que han temblado. I a los que nada temen, las olas los dejan encima de las rocas altas de Mutu Rakau. I el primero que toma un huevo de farde-la i vuelve con él a Rapa Nui es el elegido. Todavía vuelan las aves cuando él se aísla i es el jefe de todos, i todos dicen que es el mas fuerte i el mas valiente. Por doce lunas es el jefe despues del rei i vive solo, i entónces muchos quieren pelear i con gusto pelean porque la guerra es buena.

—Qué extraño es todo lo que me dices, Coturhe.

—La guerra es buena i viene en Mataveri, i todos sienten como nace la guerra en ellos.

—En mi tierra es el amor el que nace en primavera.

—El amor i la guerra son hermanos; pero el amor en Rapa Nui ahora es triste.

—¿Por qué es triste?

—Es triste desde que se fué el rei Tepito. Una vez robaron en un buque al rei Tepito i a todos los que le acompañaban. Eran muchos, muchos. Pasaba el tiempo i ninguno volvía. Todos los tuvieron por muertos i las mujeres buscaron otros maridos. Mas un día apareció un buque i álguien se vino nadando a tierra i era Pana. Cuando todos lo reconocieron, le lanzaron piedras porque Pana estaba muerto i los muertos no deben volver. Las mujeres de Pana se habian ido con otros; la casa de Pana era de otro i ninguna cosa era entónces suya.

Mataron a Pana, pero llegaron otros i otros nadando; i vieron que no eran muertos los que volvían. Hubo así muchas guerras, porque todo estaba confuso.

Las mujeres i los hombres que habian llegado principiaron a enfermar. I era una cosa terrible. Quien encontraba el amor de ellos luego sus carnes caían a pedazos i sus huesos se quebraban. En medio de lamentos moría. I cundió el miedo i los hombres temían a

las mujeres i las mujeres temian a los hombres, i como todos se deseaban, Rapa Nui se volvió loca de no poder amar sin caer en la muerte. I muchos pensaron que sólo quedarian los hombres de piedra del volcan Huititi; mas los enfermos comenzaron a lanzarse desde este sitio al cráter del volcan Kau, i todos se mataron contra las rocas de allá abajo. Volvió así el amor i volvió triste i miedoso, porque ahora quien va a amar piensa en aquella enfermedad.

I qué importa el amor i el mal, continuó diciendo, cuando luego todos de sed vamos a morir!

—¿Por qué crees que pronto no lloverá mas? le pregunté.

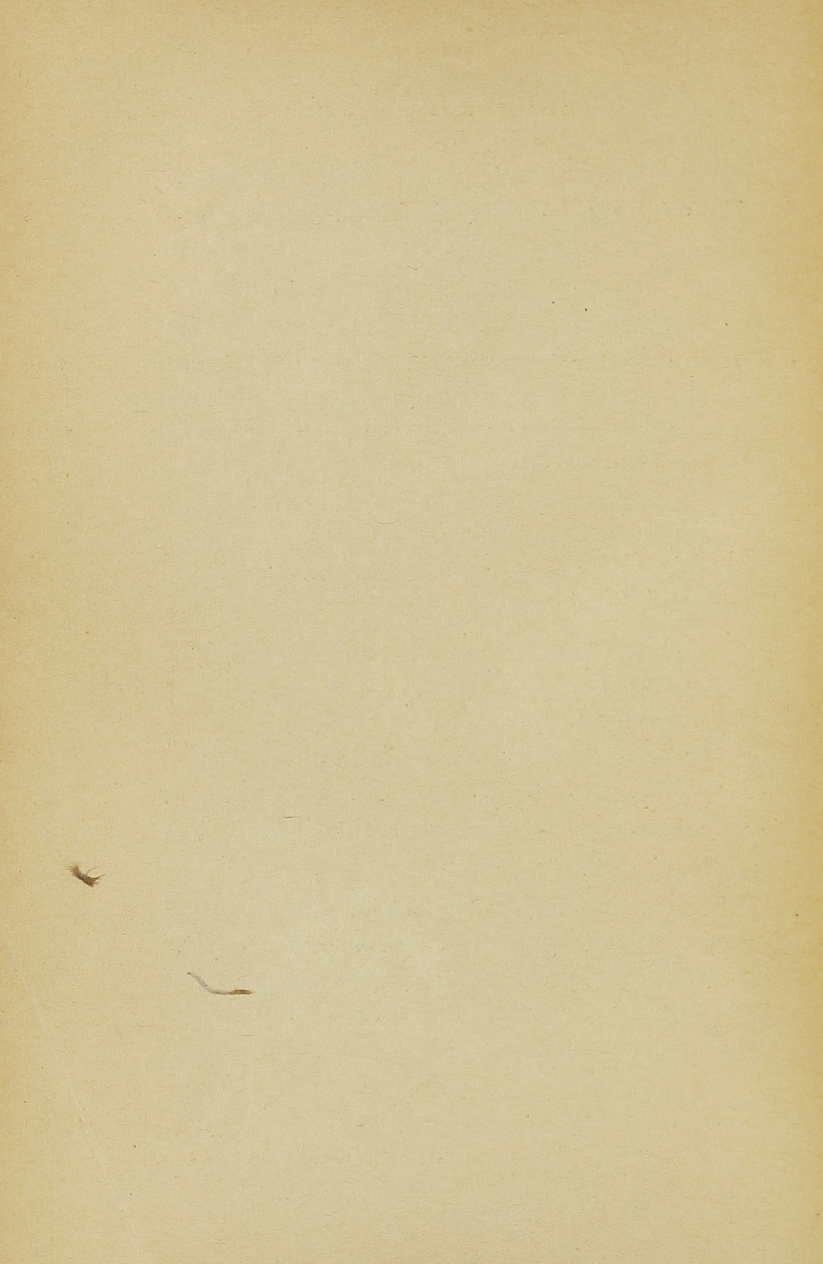
—Mira, me dijo ¿ves la luna?

En medio del dia, por el cielo ya despejado a trechos, se veia avanzar a la luna en creciente, blanca i pequeña como el jiron de alguna nube densa.

—¡Dime si la luna ha estado así alguna vez!

—Nada le encuentro, dije, de anormal.

—En el dia nadie mira a la luna, pero Coturhe Uruiri la sigue i la cuida, i él dice que nunca ha estado como ahora la ve...





CAPÍTULO X

ALEGRÍA EXTRAÑA



UPIMOS una noche, en un parlamento nocturno, que desde lo alto del morro de Wi Mou se habia arrojado al mar Coturhe Uruiri. Cosa frecuente entre los isleños; él tambien quiso despedirse de la vida.

Gran trabajo costó sacar su cadáver despedazado de entre las rocas que sólo asoman en la baja marea. En unas parihuelas lo trajeron

hasta su casa. Sus restos venían acompañados por los habitantes de Wi Mou que entonaban sin orden canciones alegres.

Kanaroga estaba conmigo. Sentados sobre una estatua caída comentábamos lo sucedido, cuando divisamos la curiosa procesion. La distancia no me permitía entender la letra de las canciones, pero el regocijo de todos era evidente:

Grande era Coturhe Uruiri,
Sabio.....

—Viene esa jente cantando con alegría i acompañan a un muerto, exclamé con disgusto.

—Déjalos hacer, que ellos entienden de estas cosas, dijo Kanaroga, tranquilamente. ¿No fué él el que quiso morir? ¿Por qué tener tristeza de lo que se hizo con voluntad?

—¿Cómo sabes si la desesperacion le llevó a matarse?

—No lo sé, ni tú tampoco lo sabes. Pero si él prefirió la muerte a su vida, era para estar mejor. El fué sabio i todo lo que hizo está bien.

—Me parece extraño, repliqué, el estar contento en casos semejantes.

—Si alguien muere i no queria morir, todos le lloramos. Triste dejó la vida, ¿por qué no llorar? Coturhe Uruiri, para alegrarse la dejó, ¿por qué no alegrarnos? Oye tú las canciones i no olvides que esta noche habrá gran fiesta.

—Creo, Kanaroga, que el difunto ha dejado varios hijos, algunos pequeños, ¿quién los cuidará? ¿No sientes siquiera pena por ellos?

—Los hijos son los hijos i no valen ni mas ni ménos que los padres. Esto hace que cada uno esté tranquilo i se sienta libre. Sobran los plátanos en los volcanes i las gallinas silvestres no escapan dos veces de las pedradas de los muchachos. ¿Por qué atormentarse?

Malhumorado Kanaroga por mi insistencia, calló largo rato i luego se fué sin decir una palabra.

Wi Mou con sus cabañas pardas sobre el faldeo estéril, rojo i polvoriento, era un lugar desolado, en el que, por primera vez, se notaba desusada animacion. Frente a las chozas, con ramas i cabezas resacas de plátanos, hacian fogatas en grandes agujeros abiertos en

la tierra i llenos hasta la mitad de piedras lisas. Las mujeres cuidaban de alimentar las llamas. Los hombres volvian con raices de tií i sartas de conejos i gallinas.

Coemata Etú habia dispuesto que trajesen diez de los mejores corderos de Bornier. No demoraron mucho en ser cumplidas sus órdenes. Enterrándoles las cabezas en montones de tierra, los asfixiaban. Con las afiladas hachas de piedra les abrieron el vientre. Envueltos en telas viejas i húmedas los depositaban en los hoyos que habian sido despojados del fuego. Tapando con otras piedras los huecos, encendieron nuevamente las alegres fogatas que humearon todo el dia. Con los conejos, las gallinas, los ñames i las raices de los helechos llamados tií, hicieron igual cosa.

Miéntas los deudos terminaban de construir una pirámide de piedras a la orilla del mar, las mujeres sacaron el cadáver arropado en telas blancas de mahute. La envoltura tenia la forma de una canoa. Tomaron los parientes el extraño barco, colocándolo sobre la pirámide, la cabeza hacía el mar.

Allí quedó Coturhe Uruiri. Una ola invisible

bañaría sus restos; deslizándose sin ruido sobre las peñas, en las altas horas de la noche, dejaría a Rapa Nui el casco abandonado de su cuerpo.

La tarde languidecía en un suave crepúsculo. Largos i pesados cirrus cruzaban la claridad verdiazul del poniente. El sol, bajo las aguas, aureolaba sus vientres de gualda i sus dorsos tenían los matices de las heces del vino.

La noche entrada, llegó Coemata Etú i su séquito. No hubo parlamento i los emisarios venían a gozar de la fiesta. La alegre comitiva cruzó entre las fogatas que resplandecían mas i mas a medida que avanzaba la noche.

El aguardiente de Bornier era el licor preferido i la reina hizo que trajeran de él en abundancia. Las raíces de tíí asadas entre las piedras, se habían convertido en una chancaca mas fina que la de Pascamayo. El aroma que salía cuando destapaban los agujeros era delicioso. Las carnes jugosas de los corderos, blandas como mantecas, desprendían un vapor como el incienso de la gula.

Había grupos al rededor de cada uno de los ocho agujeros. Los muchachos buscaban

los que contenian las raíces de tii i los hombres iban de uno en otro deteniéndose a beber en sus calabazos.

Las cortesanas alternaban con las mujeres de vida un poco mas recatada. Eran las primeras las codiciadas de los muchachos, aunque ellas, a su vez, prefiriesen la compañía de los hombres formados.

Cuando los cantos i las danzas comenzaron, Coemata Etú vino a buscarme. Contemplábamos todo con indulgencia i oíamos los agradecimientos que los isleños hacian al muerto:

Era grande Coturhe Uruiri,
Sabio era.....

Las canciones se iniciaban con acentos opacos, breves i distanciados. Las cabezas principiaron a moverse lentamente, siguiendo el compas. Una melancolía estraña brotaba de las voces monótonas i veladas. Poco a poco fué elevándose el diapason i los brazos comenzaron a agitarse; el recitado se hacia más rápido i agudo, i a los cuerpos, temblando un instante, se les vió ondular como a las llamas de las ho-

gueras. Avanzó una jóven desnuda, vibrando como una sensitiva. Se hizo un breve silencio. Todos adivinamos, con sólo ver sus flancos estremecidos, la armonía naciente. Su cuerpo trémulo era como un vaso lleno empuñado por una mano febril. Bebimos en él la embriaguez de la danza.

Las voces se hicieron agudísimas; los hombres i las mujeres bailaban frenéticos. En medio de esa tempestad, la bailarina radiante era como una hoja en el viento.

Coemata Etú, recostando su cabeza en mi hombro, me besaba con su boca mas dulce que el tí. Sus brazos flojos caian sin fuerza sobre su cuerpo lánguido.

Kanaroga bailaba con la pequeña Jeca Majina. Tooa Tafune, acompañada de un desconocido, me miraba con insistencia.

Los hijos del muerto hacian reir a las mujeres alegres. Los hombres se fueron aproximando hasta formar corro en torno de ellas. Cesaron poco a poco los bailes i luego sólo se oyeron las palabras ardientes del amor.



CAPÍTULO XI

LA MUERTE DE LOS SACERDOTES



ARUABA sin fuerza i a largos intervalos. La tierra reseca absorbía con rapidez las dispersas gotas, pero ya a medio día toda esperanza de una abundante lluvia había desaparecido.

Cuando dejé a Angapiko, internándome en dirección a Anakena, la yerba llamada pelo de ratón se veía cuajada de gotitas brillantes; i allí donde el sendero baja al vecino i angosto

valle, cubierto de cizaña i de verbena, un aroma indefinible brotaba de la tierra i de las yerbas húmedas. Un grupo de yeguas arrancó al galope. Las verbenas lucian sus hermosas i pequeñas flores de color violado, i millares de insignificantes insectos volaban en derredor de cada una como en torno de una lámpara. Aquel perfume incomparable me acompañó por largo tiempo, i durante toda esa parte de mi viaje sentí una especie de placer i reconocimiento.

La tierra se iba haciendo mas arenosa, los matorrales eran cada vez mas escasos, i mucho ántes de divisar el mar dejé a mi espalda el último toromiro.

Mis zapatos, húmedos por el roce de las yerbas mojadas, todavía conservaban adheridos pequeños pétalos violados. El sonriente recuerdo del sur de la isla contrastaba con las áridas colinas que en ese día de bochorno cubria un aire espeso i caliente.

Desde una eminencia, a la que trepara para asegurar mi rumbo, pude ver la playa blanca de Anakena. Olvidando mi fatiga, caminé con resolución.

Adams, conocedor de mi viaje, me aguardaba a la entrada de la aldea. La alegría que tuvo al verme desapareció pronto, i sus lamentaciones sobre el mal tiempo hicieron que sin descanso me persiguiera la angustia que se habia apoderado de la infortunada Rapa Nui.

—La cosecha de camotes puede darse por perdida, me dijo. He preguntado a los isleños mas viejos i todos aseguran que nunca ha habido un año semejante. ¿I en Angapiko?

—Allá, como aquí, Adams, todos están desesperados. El agua del volcan Kau se evapora con rapidez, i si ántes de una semana no ha llovido, creo que no quedará una gota de agua dulce en toda la isla.

—Me dicen que han robado los licores que guardaba Bornier.

—No he sabido nada. Aunque no; es verdad. En las fiestas que acaban de celebrarse en memoria de Coturhe Uruiri, el aguardiente no ha escaseado.

—¿Del viejo de Wi Mou, el de las ovejas?

—Sí, le dije; se suicidó hace tres dias.

Comentamos con asombro el gran número de suicidios que ocurre en Rapa Nui.

—Ello le probará a Ud., me dijo Adams, que estos indíjenas no son tan salvajes como los ignorantes los creen. Tienen una nerviosidad mui desarrollada i muchas veces la desesperacion nace por motivos que yo no he podido comprender. Mui por el contrario de un pueblo primitivo, da la impresion de una raza sencilla, pero trabajada por los siglos.

—Me han dicho, Adams, que no han sido sus antepasados los que han tallado las estatuas de la isla.

—¡Quién saber! ¿Quiere Ud. que le lleve donde un artista famoso? Bien, iremos esta tarde a la choza de Rakaja.

Despues que comimos una lijera colacion, medios recostados bajo la carpa de mi amigo, vagamos un rato sin rumbo entre las escasas i dispersas habitaciones de los indíjenas. Luego fuimos a ver a Rakaja.

Penetramos, arrastrándonos, por la angosta gatera de la choza i cuando nuestros ojos se acostumbraron a esa semi-oscuridad distinguimos, al fondo, a un anciano acurrucado e inmóvil que nos veia avanzar sin decirnos una palabra. Detras de él una mujer viejísima i de

repugnante fealdad permanecía igualmente en silencio.

—Buenos días, amigos, exclamó Adams.

—A tu casa llegas, respondió el anciano.

—Te traigo al extranjero que llegó hace tiempo a Angapiko.

—¿Tú eres el extranjero? ¿Qué buscas en Rapa Nui? me preguntó,

—Nada, le repliqué.

—¿I por qué has venido?

—Por conocerla i no por otra cosa.

—¿Es verdad lo que dice tu amigo?

—Sí, confirmó Adams; le gusta correr por el mundo i ahora quiere ver lo que tú haces i cambiar algún ídolo por varias cosas que a tí te agradarán.

Rakaja tenía ojos cansados i blanquecinos, barba rojiza i escasa. La frente i las mejillas las llevaba adornadas con un tatuaje azul de complicado dibujo, que a la escasa luz no se distinguía bien. Su cabellera, como la de su mujer, era un verdadero haz de penachos negros. Al hablar, entre los labios azules, sus dientes brillaban en la penumbra i su cuerpo desnudo

era sólo un poco mas claro que la techumbre de carrizo i de hojas de palma.

Curioseando los paños de la pulpa filamentosa del mahute, que él tejía diestramente, las redes de barabú que nunca pudre el agua del mar, los ídolos, las figuras de pescados i de aves, i los curiosos jeroglíficos que tallaba en la madera del toromiro, pasamos todo el resto de la tarde.

—¿Qué quieren decir los signos de estas tablas que tú has labrado? le pregunté señalando los jeroglíficos.

—No sé, me dijo. Mi padre hacía otros iguales.

—I estos ídolos ¿son tus dioses?

—No entiendo lo que quieres decir. Hago esto por que sé hacerlo, i las jentes que vienen en los buques los piden i dan ropa por ellos.

De regreso, bajo la carpa, observando los objetos que habia comprado a Rakaja, pregunté a Adams si seria posible que los indíjenas no tuvieran ninguna idea acerca de dioses i divinidades. El danes me hizo saber una nueva historia verdaderamente estraña.

Por la abertura de la carpa se veia la niebla

que, desprendiéndose del mar, avanzaba borrándolo todo i apresurando la oscuridad naciente de la noche. Era una neblina olorosa i espesa. En torno de la lámpara se formó un halo luminoso. Envuelto en una frazada, escuché con avidez. Mi amigo fumaba su gran cachimba, que mordía con sus dientes negros, arriscando el labio superior como si sonriese a su propio relato.

—Lo que asegura Rakaja es la verdad. Muchas personas se han preguntado qué quieren decir esos jeroglíficos, i creen que los pascuenses no han comprendido la pregunta que se les hace, porque responden que no significan nada. Así, ellos, sin desearlo, engañan a los sabios, que en su afan de descubrir la verdad, quieren encontrar revelaciones extraordinarias en hechos mecánicos i sencillos. Los jeroglíficos que Ud. ha visto no son otra cosa que la reproduccion, en madera, de los antiguos dibujos que hacian en los tejidos de mahute. No hai tal escritura ni cosa parecida. I en cuanto a lo que nosotros creemos que son sus ídolos, Ud. ve que no les sirven sino para negociar

con ellos. Es un pequeño comercio que se efectúa cada vez que llega un buque.

—No puedo creer, repliqué, en lo que usted afirma. Ideas mas elevadas deben inspirarlos. Un pueblo que no tenga fábulas sobre lo que sigue a la muerte, es difícil de encontrar.

—Verá Ud., me interrumpió el danes, como ámbos tenemos razon.

Por tradiciones que conservan los mas ancianos i que tengo anotadas en mis memorias, he sabido que, hace mucho tiempo, hubo entre ellos sacerdotes que, rodeándose de toda clase de misterios, enseñaron multitud de cosas que hoi dia nadie recuerda.

El sacerdocio era hereditario i el poder de esa religion siempre fué fielmente trasmitido de padres a hijos, sin que ninguna otra persona vislumbrase su secreto ni pudiera ejercer las ceremonias del culto. Pero sucedió que unos sacerdotes no dejaron hijos, llevándose a la tumba su ciencia i poderío, i un dia, en medio de la inquietud de todos los fieles, murió el último sacerdote. Como éste tampoco tuvo descendencia a quien legar su tesoro, los isleños quedaron confusos i aturridos.

Pasaron los años; nada de particular ocurrió al pueblo huérfano de intermediarios divinos, i al ganador de la fardela, que es siempre el jóven mas fuerte i mas valiente, se le concedió algo así como las prerrogativas del sacerdocio; pero sin que él ni nadie sepa claramente cuáles pueden ser esas prerrogativas.

A su llegada, los misioneros franceses encontraron que no tenían necesidad de desarraigar viejas creencias para sembrar las suyas. El campo estaba limpio, i como el indíjena de esta isla es curioso i asequible, las catequizaciones parecieron ciertas.

—¿Duda Ud. de ellas?

—Ahí están las diabluras de Temana i Torometi que le convecarán a Ud.

Torometi era un hombre fuerte e intelijente, que ejercia cierto imperio sobre muchos de sus compatriotas, i Temana, su mas odiado enemigo, era en todo su mas digno rival.

Torometi, cuando supo la llegada de los misioneros, entreviendo en ello alguna ventaja, abrazó la relijion católica, constituyéndose en el protector de los sacerdotes franceses.

Estos recelaron de tanta obsequiosidad; pero

Torometi les obligó a aceptar a la fuerza la merced que les otorgaba.

Temana, en el intermedio, envidioso de su contrincante, hizo llegar a oídos de los misioneros que Torometi les estaba robando, i que él iria a defenderlos de toda injuria i daño. No porque tuviesen mas fe en uno que en otro, sino porque Torometi, sospechoso de algo, activaba sus rapiñas, los misioneros dejaron a Angapiko para irse a Wi Mou, huyendo al mismo tiempo de Temana que vivia en el norte. Pero éste, que estaba sobre aviso, se les dejó caer proclamándose a su vez su mas fiel i cristiano defensor. Sin pérdida de tiempo, por senderos estraviados, los hizo huir en busca de un sitio mas seguro. Allí, por algunas semanas, se aprovechó de ellos, robándoles hasta la ropa; pero sus víctimas lograron escapar.

I así aconteció que Temana i los suyos por un lado i Torometi i los que le seguian por otro, iniciaron una persecucion continuada contra los misioneros medio desnudos. No hubo camino que no recorrieron, ni escondrijo que no visitaron en esa apasionante cacería hecha, segun cada uno de ellos, con el único objeto

de librar a los indefensos frailes de las malas artes de su enemigo.

Cuando sobrevino la guerra civil, que referí a Ud. en otra ocasion, Torometi estaba de turno en la defensa de los misioneros; pero bastó que codiciara unas viejas armas de fuego para que se pasase al otro bando. Entónces fué Temana el que acudió a proteger a los sacerdotes, i creyendo el pobre diablo que aun se podria servir de ellos, los siguió con sus huestes en la huida a Tahití.



CAPÍTULO XII

EVAI O'QUIMAI



LOS nativos atribuían al cambio de mes lunar la prolongada sequía. Por el sendero que trepa al cráter del volcán Kau iban los hombres intranquilos a observar el horizonte marino.

El aire paralizado i el cielo azul imperturbable i limpio daban a los idénticos días sucesivos la apariencia de un solo día inmóvil.

Con el alba comenzaba la peregrinacion a las alturas i aun en las noches, llenas de pesado silencio, se veia sobre el cráter algunas pequeñas siluetas que contemplaban el casco de la luna nueva. Lentamente descendia la inmensa brasa roja, i al ras de las olas su contorno deshecho lanzaba el último reflejo de los barcos incendiados al desaparecer entre las aguas oscuras.

Con Kanaroga i el padre de las mellizas trabajamos en ahondar el pozo de su casa. Algunos vecinos nos ayudaban. Palas viejas i comidas de orin, trozos de tablas, piedras i manos inquietas i desgarradas, todo nos servia en nuestra desesperacion.

Arrojábamos afuera la tierra seca que no se agotaba nunca. Cuando aparecia algun filon húmedo le seguíamos con mas avidez que si hubiese sido oro. Todos bajaban a tocar la ligera frescura, que era para ellos el anuncio mas preciado.

Una mujer colocábase en la frente afiebrada puñados de esa tierra feliz, i muchos no resistian al vivo deseo de llevársela a la boca despellejada i reseca.

Los plátanos dulces tornaban mas terrible la sed que seguia al comerlos; por esto buscábamos de preferencia raices de plantas insípidas, a menudo lacias i sin savia.

Hubo un pobre muchacho que, por beber agua del mar, murió en medio de interminables convulsiones. Esa misma tarde supe que Coemata Etú estaba enferma i queria verme.

La habian sacado de su casa i puesto en la proximidad del mar, segun el sistema curativo de los isleños. Una fiebre alta la hacia, por momentos, delirar. Alguien dijo a mi oido que bebió agua de la poza de los sapos.

—Ven, me dijo al divisarme. Ven tú que has sido bueno. Voi a morir, porque distingo cosas que nunca habia visto...

Cuán hermosa estaba medio incorporada sobre las verdes i grandes hojas de plátano de su rústico lecho. La frente, brillante de sudor; los ojos, con una luz vaga; los brazos desnudos i ajitados. La respiracion anhelante mecía sus firmes i pequeños senos que, pálidos, se asomaban por la entreabierta túnica como dos niños enfermos.

Tooa Tafune la acompañaba. Dos mujeres

entristecidas, impotentes ante el mal, permanecían quietas i llorosas.

—Coemata Etú, le dije, ¿qué has hecho, pobre pájaro desventurado?

Sin oirme, queriendo desacir su mano quemante de entre las mias, balbuceó palabras i relatos ininteligibles.

—Venid! gritaba, venid! Aquí hai un camino de agua que corre sin cesar. Espero que concluya para ir hácia vosotros; pero nunca termina, nunca! Cuánta agua, cuánta! Ah! qué fresca está i cómo me llama. Cómo la beben mis pies heridos; cómo la beben mis piernas trémulas i mi vientre que moria de sed. La abrazo como abrazaría a un amante, i su cuerpo es fresco como la carne de un jóven. Mis cabellos flotan sobre la corriente i quieren desprenderse para acudir a una cita. Los sigo, los sigo... ¡Oh! hermosa vision la que ven mis ojos al hundirse en el agua! Ningun canto comparable al rumor que hace al penetrar en mis oidos!

Su voz se hizo cada vez mas lejana i opaca como si hablase desde una profundidad cre-

ciente. I en el tiempo en que el mahute se seca, moria Coemata Etú.

Cuando aun Tooa Tafune me rodeaba con sus menudos brazos, trémula i espantada, cerca de nosotros álguien profirió en gritos de una insólita alegría.

Era una nube que se divisaba. Dejamos abandonada a la pobre muerta i corrimos desalados en todas direcciones. Venia como el barco de la abundancia, las blancas velas henchidas por un viento lejano. Su sombra avanzaba por el mar. La vimos acercarse. La vimos elevarse lentamente i ocultar por largo rato el sol. Ya estaba sobre nosotros. Ya nos anticipaba la frescura del agua que traia en su seno. Pero seguia i siguió volando hácia el oriente sin que ninguna gota de lluvia humedeciera nuestras locas ansias.

Dos, tres, cinco grandes nubes oscuras i amarillentas pasaron proyectando las sombras de sus alas gigantescas. La última cruzó en mitad de la noche i era toda negra, i tres veces mas grande que las otras juntas.

Las primeras luces del alba nos encontraron en la playa bendiciendo a la noche misericor-

diosa. Ella era fresca como una flor. La luz de sus estrellas se hizo rocío, i por una breve mañana un polvo de agua brilló sobre la asolada Rapa Nui.

Por fin, un día amaneció el cielo encapotado. Nubes bajas i pesadas oprimian un aire fatigoso de respirar. Soplos bruscos, oleadas de viento denso e impuro caian sobre un mar de aceite. Manadas de yeguas seguidas de sus potrillos, enardecidas i temerosas, cruzaban con estruendo al gran galope, las crines ajitadas, las narices abiertas i rojizas.

Adams llegó esa mañana. Nos estrechamos las manos silenciosos i emprendimos la ascension del volcan. El sendero angosto no contenia a todos los isleños que resbalaban sobre el pasto escurridizo que crece sobre los barrancos. Todos llevaban sus calabazos para recojer agua. Un viejo, al apresurarse, cayó, rompiendo el suyo. Le oimos llorar. El último de la estraña procesion, yo, tambien seguí tras los isleños sedientos. Mas allá del caminito estrecho, las laderas se veian sembradas de grandes guijarros. De vez en vez un monton de ellos coronado por tres rodados blancos indicaba se-

pulturas antiquísimas. De unas a otras las ratas corrían presurosas.

Cuando cesaron los soplos de viento, una calma inmensa pareció ensordecernos. Sólo se oía el leve chasquido de los pies desnudos sobre la tierra arenosa. Nadie hablaba; los niños iban llenos de gravedad. El horizonte se hacía cada vez mayor, i las casas de Angapiko veíanse pequeñas. Una atmósfera mortecina lo anegaba todo en una palidez de fiebre. Nuevos golpes de viento cayeron como aletazos invisibles, doblgando las yerbas menudas.

A medio camino, al borde de un barranco encontramos un grupo sentado con los pies colgando sobre el abismo. Una vieja profería en lamentos que sonaban como blasfemias u oraciones. Pero nadie hacía caso de nadie. Cuando alguno se ponía de pie, todos se llevaban la mano sobre los ojos a guisa de visera para escrutar el horizonte.

Un punto negro, tal el humo de un incendio, emergió por el poniente. Hacia el sur, una franja verde de cielo cristalino se veía por encima de las aguas turbias del mar.

—¡Evai! ¡Evai! (¡agua! ¡agua!) gritó una voz.

Todos se detuvieron, observando con atencion la nube negra ribeteada de rojo, que ascendia rápida i fantástica como una isla de acantilados i volcanes.

—¡Evail! ¡Evail! gritaron todos, i las voces anhelantes sonaron sordas en la atmósfera de plomo.

Se veia abajo las manadas de caballos, corriendo sin descanso llenas de presentimientos.

Habíamos alcanzado la boca ancha i profunda del cráter. Su fondo, cubierto de plátanos i arbustos, era de un verde mustio, pálido i triston. En un extremo, un pajonal oscuro indicaba el sitio del agua consumida.

Casi todos los hombres permanecieron arriba. Adams, yo i unos pocos mas descendimos al cráter.

Las mujeres rodearon el lecho enjuto de la pequeña laguna i los muchachos lloraban buscando a sus madres.

En las torrenteras sombrías veíanse grandes i hermosos helechos, i por todas partes los árboles, libres de la furia del viento, crecian sin la actitud trágica de los que afuera tienen que so-

portar los embates furiosos de los vientos del Pacífico. Una oscuridad repentina nos sobrecojió i todos levantamos la vista.

—¡Evai o'quimai! (¡venid agua!) gritaban. Del suelo brotó un sordo susurro. Las primeras gotas de lluvia, pesadas i veloces, removieron el polvo. Siguió un instante de calma e incertidumbre, i cuando todos veían con envidia las gotas que resbalaban por las hojas de los plátanos, un diluvio torrencial cayó sobre la tierra con el rumor de un inmenso hervidero.

La vívida i repentina claridad de un relámpago, hizo que todo arrojase una sombra precisa i fugaz. I el estruendo creciente i horrísono de un trueno, rebotó dentro del cráter como dentro de una campana gigantesca, el golpe ensordecedor del badajo.

Los hombres tiraban léjos sus casquetes de plumas, alargando sus cabezas descubiertas. Las mujeres, despojadas de sus túnicas, ofrecían sus cuerpos desnudos al azote de la lluvia sonora.

Los que se habían detenido al borde de

cráter descendían a la carrera dando gritos de poseídos i haciendo contorsiones violentas.

Un aroma intenso emergía de la tierra i de las mujeres empapadas en agua. Las piedras i los cuerpos se veían brillantes.



CAPÍTULO XIII

VISION



SOBRE una pirámide de piedras, entre su casa i el mar, estaba el cadáver de Coemata Etú. El pequeño i blanco envoltorio era como un niño abandonado cubierto con sus pañales. Las olas arrullaban su sueño. Una vez que fuí a arrojar un puñado de flores sobre su cuerpo, un ave blanca, talvez una gaviota, pareció salir de él, i volando, volando, se perdió de vista.

Veinte días después de la muerte de Coemata Etú, llegó la *Jean Albert*. Bornier no venia a bordo. Adams, intranquilo, tuvo que contentarse con las vagas explicaciones de una carta del frances.

Quiso retenerme, ofreciéndome cuanto le dictaba su inagotable fantasía: la reina no dejó hijos; era una oportunidad para declararse rei de Rapa Nui. Ofrecia compartir conmigo el gobierno de la isla.

Con pena me desprendí de sus brazos. Le prometí volver; pero bien sabia él i sabia yo que no nos veríamos mas.

Kanaroga quedó contento porque le obsequié mis viejas prendas de vestir. A Jeca Majina no la ví en parte alguna. En cambio, Tooa Tafune iba a mi siga sin decir una palabra. Cuando la sorprendia mirándome fijamente, echaba a correr, i poco ántes de embarcarme, huyó llorando, sin querer aceptar ningun regalo.

En la tarde abandonamos el fondeadero. La cadena del ancla salió cubierta de trozos de coral i de algas que chorreaban agua.

Una brisa que iba en aumento nos hizo avanzar rapidamente.

Cuando doblamos por afuera de los islotes de Mutu Rakau, el viento nos dió de costado; las velas temblaron i la barca se detuvo inclinada a babor. Una rápida maniobra nos devolvió el equilibrio i continuamos nuestro viaje.

Me encaminé a popa. Salté entre jvas llenas de gallinas i trepando al mas alto fardo de los que obstruian la cubierta, contemplé cómo se alejaba la ya distante Rapa Nui.

Se oia, entre los chasquidos de las olas al batir los costados del buque, una de esas melancólicas canciones de marineros.

Un viejo de blanca sotabarba llevaba el compas. Entre las voces roncadas, un acento claro i juvenil volaba como un pájaro liviano que siguiera la marcha del barco. Una bandada interminable de gaviotas de blando i ágil vuelo nos acompañaba sin cansancio. El sol poniente teñía de anaranjado las blancas pechugas i las alas que batian la brisa de la tarde. Cuando algun desperdicio caía del buque, los breves graznidos de las aves formaban una estridente algarabía.

X Al poniente i al extremo de la estela que dejaba nuestro paso, la Isla de Pascua elevaba su altiva silueta erizada de volcanes como de inmensos troncos renegridos. Quise imaginar la época remota en que un bosque altísimo de humo inmóvil, gris, amarillo i rojo, brilló como un otoño fabuloso perdido en la azul soledad del mar. Cuando al atardecer, su sangriento reflejo bajaba a las profundidades de las aguas, i su sombra crecía hasta alcanzar el confín del horizonte. X

Oh! misteriosa i tranquila Rapa Nui; envidio tu corte de impenetrables gigantes de piedra, porque su oríjen nadie penetrará jamas.

Oh! isla de los higos llenos de miel i de los plátanos finos i olorosos; tú guardas los restos de la pequeña i amada Coemata Etú, que ahora duerme entre sus súbditos injenuos i desnudos.

La noche que llega borra tu imájen; pero no tu recuerdo, i en medio de tus peces voladores mi pensamiento vuelve hácia tí, seguro de encontrarte al extremo de la estela fosforescente que va trazando en la negrura de las aguas el

barco que me lleva a pueblos tristes i atormentados.

Feliz la vida de tus hijos que viven léjos de la fiebre i de la ambicion de los hombres nuevos. Feliz i sabia la existencia llevada entre fiestas de amor i de abundancia, i unicamente sujeta a las aguas del cielo.

ÍNDICE

	PÁJS.
DEDICATORIA.—A Juan Francisco González, pintor.....	7
PRÓLOGO.—Últimos años de un hombre raro	9
CAP. I.—De las predisposiciones a las aventuras.....	23
» II.—Rapa Nui.....	31
» III.—Coemata Etú.....	39
» IV.—Inú	45
» V.—Un parlamento nocturno...	51
» VI.—Tukuihú.....	61

	PÁJS.
CAP. VII.—Un veterano de la guerra de Crimea.....	71
» VIII.—Los Nautilos.....	83
» IX.—El sabio de Wi Mou.....	91
» X.—Alegría estraña.....	99
» XI.—La muerte de los sacerdotes	107
» XII.—Evai o'quimai.....	119
» XIII.—Vision	129



ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
9	1	Prólogo	Prólogo— ÚLTIMOS AÑOS DE UN HOMBRE RARO
38	17	Mi ideas	Mis ideas
52	22	demasiados	excesivos
67	5	me los ofreció	me lo ofreció
89	11	llegaban hasta	llegaba hasta
91	2	EL SABIO WI	EL SABIO DE WI



